

PRIMERA FILA PARA LA MUERTE

CLARK CARRADOS

Se dirigió al vestíbulo. Una ancha puerta, de tallados paneles de madera oscura y dintel de piedra artísticamente labrada, conducía a la cripta donde se hallaba la momia de la condesa.

Tras unos segundos de vacilación, abrió.

Sí, había luz en el subterráneo, tal como ella había ordenado en su testamento. Lentamente, descendió la escalera de peldaños de piedra, sintiendo una infinita curiosidad por contemplar la momia de aquella original mujer que, en vida, había sido Margo von Djáronyi.

El subterráneo era de grandes dimensiones y estaba sustentado por media docena de columnas estriadas con arcos alargados y apuntados. El túmulo estaba en el centro.

Había cuatro grandes blandones, pero las lámparas, aunque en forma de llama, eran eléctricas. El ataúd estaba sobre el túmulo, a un metro sobre el suelo.

La cubierta del féretro era totalmente de cristal. Katz notó que se trataba de un vidrio muy grueso, cuyo espesor no bajaba de un centímetro. Debajo del cristal estaba la momia.

Katz contuvo un grito de asombro al contemplar el cuerpo que yacía sobre el acolchado de raso rojo. No, ciertamente, Lüttel no le había mentido.

El estado de conservación de la momia era perfecto. Parecía una mujer durmiendo, presta a despertar de nuevo en cualquier momento.



Clark Carrados

Primera fila para la muerte

Bolsilibros: Selección Terror - 34

ePub r1.0

Titivillus 01.02.15

Título original: *Primera fila para la muerte*
Clark Carrados, 1973
Diseño de cubierta: Sommer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Llovía torrencialmente. Los reflectores del coche apenas si eran suficientes para traspasar la cortina de agua que caía del cielo. En el interior del vehículo, Dieter Katz alargaba el cuello casi continuamente, a fin de poder ver mejor el terreno por el que se movía.

Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente. De cuando en cuando, un relámpago disipaba las tinieblas de la noche con su cárdeno resplandor. Luego llegaba el fragor del trueno, rebotando sonoramente por las laderas de las montañas vecinas.

Los ojos del conductor captaron de pronto la imagen del puentecillo de madera que salvaba el obstáculo del arroyo espumeante, que corría a gran velocidad entre dos orillas de cierta elevación y construcción rocosa. Katz lanzó un suspiro de alivio, al saberse en el buen camino.

—Menos mal —dijo entre dientes, a la vez que enfilaba el puente, de la anchura apenas suficiente para el paso del automóvil.

Un relámpago brilló en aquel momento. Katz miró instintivamente hacia el caudaloso arroyo y tembló sólo de pensar que podía verse sumergido en su tumultuosa corriente. En circunstancias normales, el Schwarzbach era un lírico adorno del paisaje, pero a causa del temporal, su caudal había alcanzado proporciones exorbitantes, ganando, como mínimo, dos metros de altura sobre su nivel normal.

—No habría salvación si cayera en su corriente —murmuró, mientras seguía adelante. Apenas un minuto más tarde, los faros del coche iluminaron un edificio.

«Al fin», dijo Katz mentalmente.

El edificio tenía cierto aspecto de castillo en algunas partes de su estructura, pero ello quedaba desvirtuado por la falta de torres y almenas y, sobre todo, por el ala izquierda, que ofrecía la

apariencia de una residencia construida en un tiempo en que las construcciones militares de cierto tipo ya no eran necesarias. Además, frente a la puerta principal, había una especie de gran marquesina, sustentada por arcos y columnas, de útil situación, pero con desastrosos efectos para el conjunto arquitectónico.

Katz metió el coche bajo la marquesina. Sintió un notable consuelo al dejar de percibir el estruendo del agua contra el techo del vehículo.

La puerta del edificio se abrió de pronto.

Un hombre apareció en el umbral. Era alto, delgado, de ojos vivos y nariz aguileña.

—Bienvenido a Margopalast —dijo.

—Hola —saludó el recién llegado, ya fuera del automóvil—. Soy Dieter Katz.

—Kasimir Lüttel —se presentó el otro—. ¿Trae su equipaje, señor Katz?

—Por supuesto. Si quiere, lo entraré.

—Luego, ahora no es necesario. Oiga, Katz, me interesa enseñarle cuanto antes este maldito castillo. Quiero largarme pronto de aquí, ¿comprende?

—Tendrá motivos poderosos para ello, supongo —sonrió Katz.

—Simplemente, estoy harto de vivir junto a una momia.

Katz abrió la boca.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

—Ya lo ha oído —respondió Lüttel de no muy buen humor—. Venga, le enseñaré lo más importante. Mi equipaje está listo y me iré apenas se haya impuesto de sus obligaciones en Margopalast. Suena bien, ¿eh? Margopalast y Dieter Katz, el nuevo conservador de la propiedad —añadió con un repentino cambio de talante.

El recién llegado se encogió de hombros.

—Como usted quiera —dijo.

Atravesaron varias salas, lujosamente amuebladas, aunque en un estilo ya pasado de moda. No había nada, sin embargo, de exorbitante valor artístico, ni siquiera los cuadros que adornaban las paredes, bastante vulgares, a pesar de la relativa belleza de sus temas, estimó Katz.

—Fogger está a doce kilómetros —dijo Lüttel—. Supongo que habrá pasado usted por allí.

—Sí, pero no me detuve. La carta en que se me confería el cargo de conservador indicaba la urgencia de venir aquí —respondió Katz.

Lüttel emitió una risita extraña.

—Fui yo el que añadió lo relativo a la urgencia —dijo—. Ya he mencionado mis ansias de largarme cuanto antes de este maldito lugar.

—Y también ha mencionado una momia.

—Sí, la de la condesa Margo von Djáronyi. Era una vieja chiflada, tenía más de ochenta años y se hizo arreglar el rostro, hasta que le quedó como el de una jovencita. Le sobraba dinero, ¿sabe?

—Hay gustos para todo, en especial si, como dice usted, se tiene dinero en abundancia.

—Y también dejó dispuesto en su testamento que debían momificar su cuerpo. La condesa sostenía la peregrina teoría de que así podría resucitar un día, joven y bella como lo fue en tiempos.

—Estaría loca, ¿no cree?

Lüttel se encogió de hombros.

—Yo no llegué a conocerla —respondió—. Eso me lo dijo el anterior conservador de la posesión. Él sí la conoció, pero murió al poco tiempo de haber abandonado el cargo.

De pronto, entraron en una vasta sala, en la cual ardía un buen fuego.

—Debido al mal tiempo, es posible que mañana no acuda la señora Ramcke —dijo Lüttel—. Ella es la que se encarga de la limpieza del palacio, por sectores, claro, aparte de sus habitaciones privadas.

—Entendido —contestó Katz. Y, de pronto, se fijó en dos cuadros que había en la sala. Uno de ellos representaba a una mujer de singular hermosura, ataviada con un traje de fiesta, que dejaba al descubierto unos hombros de blancura marmórea. El traje era de color rojo cardenal, lo que constituía un fascinante contraste con el negro de sus cabellos y la blancura de la piel.

—¿La condesa? —preguntó Katz.

—Sí, su autorretrato. Era una magnífica pintora.

—Ah. ¿Y ese otro cuadro?

—Al pie tiene los nombres de las personas que figuran en él. Todos viven todavía. No sé qué negocios tuvieron en común con la

condesa, pero ella los retrató así, en torno a una mesa de trabajo, como si estuviesen en una junta.

—Entiendo.

Lüttel sacó un gran rollo de papel, atado con una cinta de seda roja.

—Los planos de Margopalast —explicó—. De este modo, podrá usted recorrer la posesión sin temor a equivocaciones. Ah, en el frigorífico hay provisiones suficientes para varios días. Lo digo por si el temporal se prolongase demasiado.

Katz se fijó en el barómetro que había en uno de los muros de la estancia.

—El mal tiempo persistirá todavía algunos días —vaticinó.

—Me importa un pito. Otra cosa, en ese cajón tiene los documentos correspondientes a Margopalast y los libros de cuentas. El Hugmeisterbank es el encargado de administrar los bienes de la condesa y de satisfacer los gastos de la posesión, incluido su sueldo y el de la señora Ramcke. Tiene una sucursal en Fogger y usted podrá entenderse personalmente con su director. El sueldo no es malo, todo hay que reconocerlo.

—Excelente, diría yo —sonrió Katz.

—La condesa estaba enamorada de la posesión. Creo que le recordaba mucho al palacio que tenía en su Hungría natal.

—Ah, era húngara.

—Sí, escapó de allí cuando los rusos invadieron el país. Parece ser que, incluso, consiguió sacar todas sus joyas, que valían millones. Claro, de otro modo no se comprende que pudiera comprar esta propiedad.

—Desde luego.

—Otra cosa; la momia está en el subterráneo. Siempre debe haber luz encendida, ¿comprende?

Katz miró extrañado a su interlocutor.

—¿Por qué? —preguntó.

—La condesa sentía horror a la oscuridad. —Lüttel soltó una risita burlona—. Ni siquiera después de muerta quería estar en tinieblas. A este respecto, los términos del testamento son muy estrictos. Ahí, en el cajón, tiene usted una copia; la condesa lo dejó todo dispuesto, hasta el menor detalle.

—Y, además, era pintora —sonrió Katz.

—No lo hacía mal del todo. Era una distracción para ella y, en cuanto a los negocios, resultó también bastante perspicaz.

—Perdone un momento. ¿No hay herederos de Margopalast y demás bienes de la condesa?

Lüttel hizo un gesto ambiguo.

—Se han presentado un par de pájaros, alegando ser parientes lejanos de la condesa, pero ninguno de ellos entregó pruebas suficientes de sus alegatos. Sí, creo que hay una nieta en alguna parte, aunque hasta ahora no ha dado señales de vida.

—Si se presentase, ¿habría algún modo de identificarla?

—Debería presentar pruebas escritas de que es la nieta de la condesa, partida de nacimiento y demás, pero nadie ha venido a reclamar Margopalast y los fondos del Banco. Por otra parte, ese heredero, deberá comprometerse a conservar Margopalast en las actuales condiciones. Incluida la momia, por supuesto.

Katz asintió. Lüttel agarró unos papeles, los metió en un portafolios, estrechó la mano del nuevo conservador y se dirigió hacia la puerta.

—¡Adiós y buena suerte! —se despidió. Katz se quedó solo, un tanto perplejo.

Ni siquiera sabía por qué había aceptado el cargo de conservador de Margopalast. El sueldo, evidentemente, tenía bastante que ver con su decisión, pero ¿era sensato encerrarse allí cuando todavía no había cumplido los treinta años?

Bien, esperaría a que mejorase el tiempo. Tal vez Margopalast ofreciese un aspecto distinto cuando luciese el sol. Y, por otra parte, estimaba que cuidar de la posesión le dejaría horas suficientes para trabajar en la tesis doctoral que estaba preparando y que sería la culminación de su carrera.

Un par de años en Margopalast, la obtención del grado de doctor, lo que le traería alguna cátedra de historia en una buena Universidad… eran unos proyectos excelentes y sólo era preciso paciencia y un poco de buena voluntad para llevarlo a cabo.

De pronto, oyó el ruido de un portazo.

Sonrió. El nervioso Lüttel se marchaba ya de Margopalast. Y todo por no vivir en compañía de una momia.

Se acercó a la ventana y pegó la frente al cristal. Seguía lloviendo a torrentes.

Desde allí pudo ver las luces del coche de Lüttel, en dirección al puente que cruzaba el Schwarzbach. El vehículo aceleró.

Entró en el puente. Súbitamente, se desvió a la izquierda, rompió la barandilla de madera y saltó a las aguas turbulentas.

Las luces del automóvil se extinguieron de golpe. Katz se quedó paralizado por el horror durante unos segundos.

Luego, reaccionando, corrió hacia la salida, abrió su coche y sacó un impermeable. Tomó una linterna y, soportando estoicamente los torrentes de agua que caían del cielo, se dirigió hacia el arroyo.

Con la linterna, exploró las tumultuosas ondas del Schwarzbach. No había el menor rastro del coche ni de su ocupante.

En aquel momento, el arroyo le pareció digno de su nombre (Schwarzbach: Arroyo Negro). Las aguas eran literalmente negras.

Pero en Margopalast había un teléfono y un puesto de policía en el vecino pueblo de Fogger. Era preciso dar cuenta del accidente.

CAPÍTULO II

Después de llamar a la Policía, Katz fue a la cocina, encendió el fuego y se preparó un poco de café, al que añadió unas gotas de *brandy*. Había llegado la primavera, pero el temporal de agua había bajado la temperatura considerablemente.

Katz se sentía un tanto deprimido. El silencio era absoluto, interrumpido solamente por el monótono fragor de la lluvia. Amargamente, pensó que las prisas de Lüttel le habían llevado a la muerte.

—¿Por qué no habrá esperado siquiera a que se hiciera de día? —masculló. Seguramente, una fuerte ráfaga de lluvia le habría cegado y ni los limpiaparabrisas habrían sido suficientes para barrer el agua del cristal delantero. En tales condiciones, el accidente, si no inevitable, resultaba perfectamente justificado.

Al cabo de unos momentos, se sintió mejor. De pronto, recordó algo.

Se dirigió al vestíbulo. Una ancha puerta, de tallados paneles de madera oscura y dintel de piedra artísticamente labrada, conducía a la cripta donde se hallaba la momia de la condesa.

Tras unos segundos de vacilación, abrió.

Sí, había luz en el subterráneo, tal como ella había ordenado en su testamento. Lentamente, descendió la escalera de peldaños de piedra, sintiendo una infinita curiosidad por contemplar la momia de aquella original mujer que, en vida, había sido Margo von Djáronyi.

El subterráneo era de grandes dimensiones y estaba sustentado por media docena de columnas estriadas con arcos alargados y apuntados. El túmulo estaba en el centro.

Había cuatro grandes blandones, pero las lámparas, aunque en forma de llama, eran eléctricas. El ataúd estaba sobre el túmulo, a un metro sobre el suelo.

La cubierta del féretro era totalmente de cristal. Katz notó que se trataba de un vidrio muy grueso, cuyo espesor no bajaba de un centímetro. Debajo del cristal estaba la momia.

Katz contuvo un grito de asombro al contemplar el cuerpo que yacía sobre el acolchado de raso rojo. No, ciertamente, Lüttel no le había mentido.

El estado de conservación de la momia era perfecto. Parecía una mujer durmiendo, presta a despertar de nuevo en cualquier momento.

Y el rostro, de arrebatadora belleza, correspondía al de una joven de poco más de veinte años.

Las manos, largas, finas, casi translúcidas, descansaban sobre el pecho, luciendo algunos anillos de gran valor. La momia estaba cubierta por un largo vestido de terciopelo negro, con bordaduras de oro en el cuello, mangas y los bajos de la falda, que apenas si permitían ver las puntas de unos pies minúsculos. Con reverente asombro, Katz se dijo que, en su lejana juventud, la condesa Margo debía de haber poseído una auténtica hermosura, capaz de volver loco al hombre más sensato.

De pronto, oyó arriba el estridor del timbre telefónico.

El sonido le arrancó de la situación extática en que había caído. Giró sobre sus talones y arrancó a correr hacia la escalera.

Segundos después, una sombra surgió de una de las columnas. El hombre se acercó al féretro y se inclinó sobre el cristal. Sollozaba.

—Margo, Margo, ¿cuándo vas a volver a la vida? —gemía una y otra vez.

Pero Katz no le oía. Estaba hablando con el cabo Piver, de la policía de Fogger.

—Lo siento, señor conservador —dijo el cabo—. Una inesperada torrentera ha cortado el camino y no podremos ir a Margopalast hasta que amaine el temporal y baje el nivel de las aguas.

—Lastimoso —contestó Katz—. También lo siento yo, cabo.

—¿Está seguro de que el señor Lüttel ha muerto, señor conservador?

«El típico respeto de todo alemán hacia el que considera su superior en algo», pensó Katz.

—Razonablemente seguro, cabo —dijo—. El señor Lüttel viajaba en el coche y éste se precipitó al Schwarzbach. El arroyo baja muy

crecido y con una corriente muy impetuosa.

—Entonces, no hay duda; se ha ahogado. ¡Dios tenga piedad de su alma! Iré a verle en cuanto me sea posible, señor conservador. Y ya hablaré también con la señora Ramcke.

—Es usted muy amable, cabo.

Katz dejó el teléfono sobre la horquilla. De nuevo se sentía deprimido.

Apenas tenía ganas de cenar, pero se preparó un ligero bocadillo. Luego fue a la biblioteca y eligió un libro casi al azar. Margopalast estaba bien provisto en este sentido. Al día siguiente desharía su equipaje y sacaría los libros y cuadernos de notas que se había traído consigo para trabajar en la tesis del doctorado.

Con el libro bajo el brazo, subió a su dormitorio.

Lüttel le había dicho que encontraría la chimenea encendida y leños para renovar el fuego. Había un proveedor que acudía semanalmente a Margopalast para traer leña y botellas de gas para la cocina.

Llegó al dormitorio, abrió la puerta y encendió la luz. Entonces vio que la cama estaba ocupada.

Por una mujer.

La condesa Margo von Djáronyi.

* * *

Dormía apaciblemente, los negros cabellos extendidos como un abanico de ébano sobre la almohada y un brazo de marfileña blancura asomando por el embozo de la sábana. Su respiración era regular y sosegada.

Katz abrió y cerró los ojos un par de veces. No, no era posible; la condesa estaba dos plantas más abajo, muerta, momificada.

De pronto, ella abrió los ojos. Vio a un hombre parado a los pies del lecho y lanzó un gritito de susto, a la vez que se cubría pudorosamente el seno.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Condesa, yo… —Katz carraspeó—. No, usted no es la condesa —dijo.

—Claro que no, hombre. —La joven se sentó de pronto en la

cama, sin dejar de mantener las ropas apretadas contra su pecho—. Me llamo Hilda Uttax.

—Soy el nuevo conservador de Margopalast, Dieter Katz —se presentó él.

—¿Un nuevo conservador? Lüttel no me dijo nada al respecto —exclamó Hilda, asombrada.

—Oiga, no sé qué pasa aquí, pero tampoco Lüttel me dijo nada de usted. Es más, o lo mencionó o lo dio a entender, pero creo que dijo algo de que me quedaba solo en la posesión.

—¡Qué extraño! —murmuró Hilda—. El señor Lüttel me contrató como secretaria suya… es decir, ahora de usted, puesto que dice que es el nuevo conservador.

—Tendrá alguna carta que pruebe sus aseveraciones, señorita Uttax.

—Por supuesto, aunque también yo puedo exigirle algo parecido.

—En efecto.

—Tenga la bondad de volverse un momento, voy a levantarme.

—Sí, señorita Uttax.

Katz giró en redondo. Oyó frufrú de ropajes y, a los pocos momentos, la voz de la muchacha:

—Señor conservador.

Katz se volvió de nuevo. Hilda estaba en pie, cubierta con una bata corta, que dejaba al descubierto unas piernas maravillosamente contorneadas. El pelo, abundantísimo, caía como una cascada de hilos de seda negra sobre la espalda, hasta más abajo de la cintura.

Hilda tenía en la mano dos papeles.

—La carta de Lüttel en que me proponía el puesto de secretaria y la mía de aceptación del empleo —dijo.

Katz leyó los dos documentos.

—Está en orden —dijo. Y enseñó otra carta análoga, escrita por el anterior conservador.

—Bien —exclamó Hilda—, ¿cuál es ahora su decisión? Puesto que si usted ocupa ahora el puesto de Lüttel, resulta obvio que puede despedirme, si no cree necesaria una secretaria.

—Por el momento, no me siento capaz de tomar una decisión, señorita Uttax. En cambio, sí le diré que considero muy extraño el comportamiento de Lüttel.

—A mí, francamente, me pareció un poco chiflado. Pero no lo comentaré delante de él; podría molestarse.

—A Lüttel ya no le molestarán los comentarios, ni favorables ni desfavorables. Ha muerto.

Hilda abrió mucho los ojos.

—¿Cómo ha sido? —preguntó.

—Tenía demasiada prisa por abandonar Margopalast. Ello le resultó fatal, ya que hizo una falsa maniobra al cruzar el puente y se precipitó a las aguas del Schwarzbach.

—Horrible —se estremeció Hilda—. Y, ¿qué haremos ahora?

—He avisado a la policía, pero el camino de Fogger está cortado por una torrentera. Será preciso esperar a que mejore el tiempo.

Hilda sonrió.

—Bien, encuentro que ha sido muy extraña la manera de conocernos —dijo—. Y espero que mañana me comunique usted su decisión acerca de mi empleo.

—¿Puedo otorgárselo?

—El conservador de Margopalast tiene autoridad para tomar y despedir empleados. Al menos, eso me dijo el difunto Lüttel.

—Nos veremos por la mañana, señorita Uttax —contestó Katz evasivamente.

Y se dirigió a la puerta, pensando en que tendría que buscarse otro dormitorio, pero, de pronto, recordó algo.

—¿Señorita?

—Diga, señor conservador.

—¿Cómo ha llegado usted aquí? —preguntó.

—En mi coche, naturalmente. Poseo un «Volkswagen 1200».

—No me refiero al vehículo, sino al dormitorio.

—Llegué bastante temprano, aunque me sentía muy cansada. Tomé un bocado y me subí a dormir, después de hablar con Lüttel, naturalmente. Usted, supongo, llegaría mucho después.

—Ya eran casi las nueve de la noche. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Katz salió de la estancia poco menos que echando chispas. El difunto Lüttel, además de chiflado, había sido un humorista.

—Mira que no decirme que en mi dormitorio había una chica tan guapa —masculló. Y, además, de un sorprendente parecido con la difunta condesa.

Lo cual resultaba aún más extraño, aunque, en cierto modo, también muy agradable. Sí, era preciso reconocer que Hilda poseía una hermosura poco común.

* * *

Hilda apareció en el despacho poco después de las nueve de la mañana. Katz estaba revisando unos documentos y se puso en pie al verla.

—¿Qué tal ha pasado la noche? —preguntó, cortés.

—Usted me desveló —respondió ella—. Claro que la culpa no es suya, pero empecé a pensar en el pobre Lüttel y estuve despierta mucho rato.

Katz señaló hacia la ventana.

—La lluvia ha perdido algo de fuerza, pero no da señales de amainar —dijo.

—De modo que ahora estamos los dos solos en Margopalast.

—Con la momia de la condesa, claro.

—No la he visto, señor conservador.

Katz sonrió.

—¿Se ha mirado en el espejo, señorita Uttax? —preguntó.

—¿Por qué lo dice?

—Vuélvase y contemple el autorretrato de la condesa.

Ella lo hizo así. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—Increíble —dijo.

—Pero sorprendentemente cierto. El parecido entre las dos es asombroso.

Hilda se encaró de nuevo con el joven.

—No lo entiendo —manifestó—. Lüttel no me hizo entrar aquí; me recibió en la biblioteca. Yo le he encontrado, porque he visto la puerta abierta.

—La dejé así a propósito —explicó él—. Señorita Uttax, ¿antes de venir a Margopalast, había oído hablar alguna vez de la condesa?

—No, nunca —aseguró ella con rotundo énfasis.

—Curioso.

Los dedos de Katz tabalearon sobre la mesa. Hilda paseó la vista

por la habitación.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó de repente, señalando al cuadro donde estaban retratados ocho personajes.

—Antiguos socios en no sé qué negocios de la condesa —respondió él. Hilda sonrió.

—Alguno de ellos debió de ser un traidor, porque le han borrado la cara, como si no le creyeran digno de seguir permaneciendo junto a los demás, aunque sea en efigie.

Asombrado por aquellas palabras, Katz levantó la vista hacia el cuadro. Sí, Hilda tenía razón.

Uno de los rostros aparecía borrado, en blanco, tal como debía de haber estado la tela antes de que se pintaran en ella las facciones del individuo.

CAPÍTULO III

Katz se puso en pie.

En la base del cuadro había una tira de madera, pintada de blanco, sobre la que se habían escrito ocho nombres.

Uno de ellos aparecía tachado por un trazo rojo. Pero el nombre se podía leer perfectamente.

—Karl Hesse —leyó Katz, que se había acercado al muro.

—¿Quién era ése? —preguntó Hilda.

—No lo sé, no he conocido a ninguno de los socios de la difunta condesa. Ni siquiera sé cuál era el negocio que tuvieron en común.

—¡Qué extraño! —murmuró Hilda—. ¿Por qué le habrán borrado el rostro?

—Lo ignoro. Sin embargo, estoy seguro de una cosa: anoche, cuando vi el cuadro, estaban los ocho rostros.

—¿Habla en serio?

—¿Por qué iba a engañarla? ¿Qué me importan a mí las relaciones de la condesa con esas ocho personas? Mi interés se centra en el cargo de conservador, eso es todo. Y tengo la copia del testamento, en el que se dan instrucciones específicamente detalladas.

—La condesa murió… ¿y no dejó algún heredero?

Katz miró fijamente a la muchacha.

Ella captó la mirada y se sintió incómoda.

—Ese heredero no soy yo —dijo con cierta aspereza—. Si pensó en el parecido fisonómico, olvídelo. Se debe a una simple casualidad, eso es todo.

—Sí, señorita Uttax —convino él con voz neutra. De pronto, exclamó—: ¡Aguarde, creo que tengo una pista!

—¿Una pista?

Katz volvió a la mesa de trabajo. Abrió la carpeta de cuero repujado y sacó una gran fotografía.

—Mire —dijo—, aquí aparece el rostro de Hesse.

Hilda se inclinó sobre la cartulina, que era de doble tamaño que una postal.

—Sí, y con todo detalle. Pero ¿qué hace aquí esta fotografía? —preguntó.

—Probablemente, la condesa la empleó como modelo para su cuadro. Era una buena pintora.

—¿Hace mucho que murió?

—Unos siete años. Tenía más de ochenta.

—Muy vieja, evidentemente. Pero me hubiera gustado conocerla.

—Entonces tenía usted doce años.

Hilda rió suavemente.

—No exagere. Hace siete años tenía dieciséis —declaró—. Decir mi verdadera edad no ha representado jamás un problema para mí.

—Me gusta su sinceridad. El empleo de secretaria es suyo —resolvió Katz de repente.

—Muchas gracias, señor conservador.

—Oiga, no me llame así —dijo él con una sonrisa—. Me hace mucho más viejo y todavía no he cumplido los treinta años.

—Pero es el conservador del castillo.

—Y guardador de una momia —suspiró él.

—Por cierto, aún no la he visto. ¿Hay inconveniente en que la vea?

—Ninguno. Y cuando estemos en el sótano, comprenderá usted por qué anoche, al verla durmiendo, creí que la condesa había resucitado.

—Vamos, vamos, señor Katz, no me diga usted que cree en leyendas.

—Por lo menos, es cierto que la condesa se hizo momificar, creyendo que un día podría volver a la vida. Pero todo eso lo comprobará mejor por sí misma. Venga, por favor.

Salieron del despacho. Momentos después, se hallaban en el subterráneo. Hilda se acercó al féretro. Una exclamación de asombro brotó de sus labios.

—Increíble —murmuró—. Fantástico. Diríase que soy yo… y no me gusta la idea de ver a un doble mío metido en un ataúd.

—La condesa se sometió a una operación quirúrgica poco

tiempo antes de morir —explicó Katz—. Por lo visto, aunque se sentía muy vieja, quería recobrar su belleza juvenil. Y conservarla para el momento de su resurrección, en la que ella creía firmemente.

—Lo consiguió, no cabe duda alguna —dijo la muchacha—. Pero ¿por qué tomó mi rostro?

—¿Sabemos si acaso era el suyo cuando tenía la misma edad que tiene usted ahora?

La pregunta pareció desconcertar a Hilda.

—De todas formas, esto no me gusta —refunfuñó.

—En tal caso, renuncie al empleo.

—Oh, no puedo. Lo necesito…, por el sueldo, claro.

Katz sonrió levemente.

—Vivir aquí no es tan malo —dijo—. Lo que pasa es que ahora hace un tiempo pésimo y ello proporciona a Margopalast un ambiente tétrico, que no existe en realidad. Pero en el buen tiempo, debe de ser un lugar maravilloso. Además, el que ha de ocuparse de la cripta soy yo y no usted.

—A este paso, me convencerá de quedarme aquí —contestó Hilda—. Oiga, ¿qué hay tras aquellas cortinas? —preguntó de repente.

Katz se volvió. A la izquierda del lugar en que se hallaban, se veía un gran cortinaje de color rojo oscuro, que cubría casi enteramente un lienzo de pared y en el que, le parecía, no había reparado la víspera.

—No sé —dijo—. Pero podemos verlo ahora mismo.

Había unos cordones y tiró de ellos. Las cortinas se descorrieron en el acto a ambos lados.

Hilda gritó. Impresionado por el espectáculo, Katz retrocedió un paso maquinalmente.

* * *

Al otro lado de las cortinas había un hueco de forma alargada, de unos seis metros por dos de anchura, con ocho sillas de respaldo recto. Sentado en una de ellas se veía a un hombre.

Estaba muerto o lo parecía. Pero lo más horrible de todo era que

le faltaba el rostro. En lugar de las facciones había una máscara blancuzca, lisa, ligeramente abombada, pero sin el menor relieve entre oreja y oreja y entre la frente y el mentón. El individuo tenía las manos apoyadas en los brazos del sillón y su inmovilidad era absoluta.

Hilda se había vuelto para no contemplar el horrible espectáculo. Al cabo de unos segundos, Katz se sintió lo suficientemente rehecho para acercarse al sillón.

Tocó una de las manos del muerto. Estaba helada. No cabían dudas, por tanto, de su muerte.

Tenía la chaqueta abrochada y cerrada hasta muy cerca del cuello. Dominando sus aprensiones, Katz la abrió. Entonces fue cuando vio en el centro del pecho, un poco a la izquierda, el minúsculo agujerito que en un principio había sido rojo y ahora tenía un siniestro color oscuro.

Tanteó los bolsillos. Encontró una billetera y la sacó. La documentación del interior estaba extendida a nombre de Karl Hesse.

Katz procuró dejar todo como estaba. El cadáver se sostenía por sí mismo. Retrocedió unos pasos y cerró las cortinas.

—Hilda, es preciso avisar a la policía —dijo.

—Sí, señor —contestó la muchacha con voz temblorosa.

—Ignoro lo que ha pasado aquí, pero, en todo caso, me declaro inocente desde el principio —manifestó Katz con voz firme.

—Tampoco yo tengo nada que ver con ese crimen. Porque es un crimen, supongo.

—No hay duda alguna, señorita Uttax. Será mejor que subamos arriba; tengo la sensación de que una copita nos reconfortará bastante.

La muchacha asintió.

Momentos después, estaban en el despacho. Katz buscó el armario de los licores y llenó dos copas, una de las cuales entregó a Hilda.

—Beba, está muy pálida —dijo.

Los ojos de Katz fueron al cuadro. Sí, la semejanza entre la persona retratada y el muerto era sorprendente, salvo por el detalle de un cráneo sin facciones.

—¿Quién era? —preguntó ella al cabo de unos minutos.

—Hesse.

Hilda se estremeció.

—Parece una venganza de ultratumba —comentó. Katz tomó unos sorbos de su copa. Hilda preguntó:

—¿Ha podido averiguar la causa de su muerte?

—No soy experto, pero diría que le atravesaron el corazón con una aguja de grandes dimensiones. Quizá un punzón. La muerte, por tanto, debió de ser casi instantánea.

—Me pregunto una cosa: ¿cómo llegó Hesse hasta Margopalast?

Katz hizo un gesto ambiguo.

—No tengo la menor idea, aunque eso es cosa que deberá averiguar la policía —respondió.

Apuró la copa y se acercó al teléfono.

—¿Un asesinato? —exclamó el cabo Piver, cuando se hubo enterado de la noticia—. Anoche un hombre ahogado, ahora otro asesinado. Siempre pensé que había brujas en Margopalast.

—Las brujas no atraviesan el corazón de los hombres, a menos que sean jóvenes, bonitas y empleen ciertos hechizos modernos —dijo Katz sarcásticamente.

—Sí, *Herr* Konservator, como usted diga. Pero seguimos sin poder ir a Margopalast; el camino continúa cortado. Deje el cadáver tal como está, cierre con doble vuelta de llave la habitación en que se encuentra y aguarde nuestra llegada. Es todo lo que puedo decirle.

—Muy bien, muchas gracias, cabo. Katz devolvió el auricular a su sitio.

—Nos vamos a divertir —gruñó—. El camino sigue cortado.

Hilda se estremeció.

—No resulta nada agradable tener que vivir junto a un cadáver —dijo.

—Dos —recordó él.

—Es verdad. —De pronto, Hilda sintió un escalofrío—. Señor Katz, ¿se da cuenta de que es muy posible que haya un asesino en Margopalast?

Katz frunció el ceño.

—Todavía no conozco bien la posesión —declaró—. ¿Le parece bien que recorramos el edificio con todo detenimiento?

—¿Sin armas?

—A mí no se me ocurrió traer un revólver. Es algo que no utilizo corrientemente —contestó él sonriendo—. Pero, en caso necesario…

Se acercó a la chimenea y cogió un atizador. Luego tomó el plano del edificio de encima de la mesa y se lo entregó a la muchacha.

—Con la ayuda de este precioso plano, recorreremos hasta los más recónditos lugares de Margopalast —aseguró.

CAPÍTULO IV

Atardecía ya y continuaba el temporal, aunque la fuerza de la lluvia había amainado considerablemente.

—Parece que el barómetro empieza a subir —comentó Katz. Hilda no dijo nada.

Permanecía silenciosa desde hacía bastante rato. Katz estimó que la muchacha se sentía notablemente deprimida.

Un tronco se partió en la chimenea y envió a lo alto una miríada de chispas. Hilda pareció salir de su abstracción y se estremeció ligeramente.

—Señor Katz, ¿qué sucederá esta noche? —preguntó.

—Nada, no tiene por qué suceder nada —contestó él.

—Tendré que dormir sola…

—Anoche durmió bien, tranquilamente, salvo por el hecho de que la desperté yo. Pero no tuvo problemas, ¿verdad?

—Era distinto. Entonces no había un cadáver.

—Dos, señorita.

—Casi no cuento el de la condesa. Ése me impresiona, pero no me asusta en absoluto. En cambio, el de Karl Hesse…

—Los muertos no hacen daño a nadie, excepto a su matador, cuando lo capturan. Y, a propósito, ¿cómo consiguió el empleo?

—Ya le dije que me escribió el señor Lüttel.

—Pero ¿había puesto un anuncio en los periódicos? Lüttel, me refiero —dijo Katz. Hilda hizo un gesto negativo.

—Me escribió directamente —contestó.

—¿Dónde vivía usted?

—En Wuppertal, Mainzstrasse, cuarenta y dos.

—¿Le dijo Lüttel cómo había conseguido su dirección?

—No, ni se me ocurrió pensar en ello. Pero yo había terminado hacía poco los estudios de secretariado y tal vez en la academia a la que yo asistí le enviaron informes míos. O él los solicitó, no puedo

afirmar una cosa u otra.

—El sueldo y las condiciones le parecieron buenos.

—Indudablemente. Por eso estoy aquí.

—Si pudiese hablar con Lüttel… Pero está muerto; la maldita prisa le mató.

Ya había cerrado la noche. Katz consultó su reloj.

—Creo que es hora de preparar la cena —dijo.

—Yo lo haré.

—Lo haremos entre los dos. Usted es secretaria, no cocinera.

—Gracias, señor conservador…, perdón, señor Katz.

—¿Por qué no Dieter, mejor? —sugirió él.

—No es tiempo todavía —respondió Hilda con cierto desabrimiento.

Media hora más tarde, estaba lista la cena. Al terminar, Hilda se estremeció pensando en la hora de retirarse a su dormitorio.

—Espero que los fantasmas se estén quietos en su sitio, dondequiera que se alojen —deseó—. No me gustaría oír por la noche ruidos de cadenas, gemidos de almas en pena, golpes en las puertas.

¡POM! ¡POM! ¡POM!

En alguna parte de Margopalast sonaron tres fuertes golpes. Hilda se puso en pie de un salto y lanzó un chillido.

—¡Los fantasmas!

Katz se puso en pie.

—No sea niña —dijo malhumoradamente—. Ni hay fantasmas, ni hacen ruido, ni…

Los golpes se repitieron con más fuerza. Katz identificó su origen en el acto.

—Tranquilícese, mujer —dijo—. Alguien está llamando a la puerta.

Hilda dejó escapar el aire largamente contenido en los pulmones. El joven dio media vuelta y se dirigió hacia el vestíbulo.

Abrió el gran portón de la entrada. Un hombre, chorreando agua, apareció ante sus ojos.

—Vaya, ya era hora —dijo, con cierto aire de disgusto—. Creí que se habrían quedado sordos y que tendría que acabar saltando a tiros la cerradura.

* * *

Katz contempló fijamente al individuo que tenía ante sí, un sujeto de mediana estatura, rechoncho, aunque no obeso y de unos cuarenta y cinco años de edad. El hombre se tocaba con un sombrero de fieltro, adornado con una pluma roja, y se cubría con un gran chaquetón de cuero, brillante a causa de la lluvia. Los pantalones de recia pana que vestía, estaban metidos en unas altas botas de cuero, llenas de barro hasta los tobillos.

Llevaba una escopeta, con los cañones hacia abajo, a fin de evitar que el agua penetrase en su interior. En torno a la cintura se le veía una canana llena de cartuchos.

—¿Quién es usted? —preguntó Katz.

—Willi Warlass —respondió el hombre—. Fogger queda lejos. Me gustaría pasar la noche aquí. Dígaselo al señor Lüttel; él responderá por mí, me conoce sobradamente.

—Lüttel ha muerto. Cayó al Schwarzbach con su coche y se ahogó.

Los ojos de Warlass se desorbitaron.

—¡*Himmel*! —murmuró, pasmado—. Es la primera noticia que tengo. Dios haya acogido su alma.

—Amén —dijo Katz—. Por supuesto, si usted conocía a Lüttel, no hay inconveniente en que pernocte en Margopalast. Yo soy Dieter Katz, el nuevo conservador.

—Oh, el señor Lüttel me habló de que quería abandonar el puesto, pero nunca le creí. Ahora veo que cumplió sus deseos.

—Con demasiada precipitación. Por eso cayó al arroyo.

—Sí, es una lástima.

—Señor Warlass, ¿puedo preguntarle a qué se debe la escopeta?

El recién llegado sonrió maliciosamente.

—En tiempos fui el guarda de la finca —contestó—. Pero la condesa vendió más tarde la mayor parte de sus tierras y yo me quedé sin empleo. La caza, sin embargo, subsiste, aquí abunda notablemente… y uno necesita comer un par de veces al día, por lo menos.

—Su zurrón está vacío —observó Katz.

—Hace un tiempo infame. Casi tenía la seguridad de que perdería el tiempo, pero creí oportuno hacer una tentativa. Lo que

sucede es que me entretuve demasiado y…

—Está bien, venga a la cocina y le daré algo de comer. Luego podrá acostarse en alguno de los divanes del salón grande.

—Si no le parece mal, ocuparé la habitación que usaba antes, cuando formaba parte de la servidumbre de Margopalast, señor conservador.

—Muy bien, pero deje todo como lo encuentre al marcharse; no sabemos cuándo podrá venir la señora Ramcke.

—Sí, señor.

Los dos hombres cruzaron el vestíbulo. De repente, Warlass se detuvo en seco.

—¡Señora condesa! —exclamó.

Hilda había aparecido en la puerta del corredor que daba a la cocina. Katz sonrió, comprendiendo el error del antiguo guardabosque y ahora cazador furtivo.

—Se parece mucho, pero la condesa sigue abajo. Ella es la señorita Hilda Uttax, mi secretaria —dijo Katz.

Warlass se pasó una mano por la cara.

—Hubiera jurado que se habían cumplido los deseos de la señorita condesa —murmuró.

* * *

—¿La conoció usted, Willi? —preguntó Hilda, después de que el huésped hubo cenado.

—Ya lo creo, señorita. Trabajé en Margopalast durante casi diez años, es decir, desde poco después de que la señora condesa comprase la posesión.

—Se hizo operar de la cara —dijo Katz.

—Sí, *Herr* Konservator. Creo que fue una operación costosísima, pero a ella no le importaron los gastos en absoluto. La señora condesa era una mujer riquísima. Tenía una colección de joyas realmente fabulosa, aunque a decir verdad, yo no vi jamás ninguna de ellas, ni siquiera puestas, salvo algunas de poco valor.

—¿Conoce usted el nombre del médico que la operó?

—Creo que se llamaba doctor Dubmeier, aunque no estoy completamente seguro. Eso es algo en lo que yo no tuve la menor

intervención, como es de suponer. En todo caso, el que sí les daría más detalles, es el pobre señor Lüttel, pero no puede, claro. Lo que sí les puedo decir es que durante muchos días hubo en Margopalast un jaleo horroroso. La señora condesa se hizo operar aquí, ¿comprenden?

—Un capricho más —comentó Hilda.

—Con dinero… —respondió Warlass socarronamente—. Pero, desde luego, le quedó la cara de una chiquilla.

—Fantástico —exclamó Katz.

—Sin embargo, se notaba que de joven no tenía más que el rostro. El doctor Dubmeier no le pudo rejuvenecer el reúma, ni los achaques propios de sus muchos años… ni consiguió evitar que caminase sin la ayuda del bastón. Sentada y quieta, engañaba a cualquiera, porque incluso se hizo arreglar las manos, pero en cuanto se levantaba…

Warlass eructó. Hilda volvió la cabeza a un lado.

—Perdón —se disculpó el antiguo guardabosque—. Este vinillo es muy traicionero. Si no tienen inconveniente, me retiraré a dormir.

—Buenas noches, Willi.

Warlass se marchó.

—Bien, al menos ya tenemos a alguien que nos hará compañía —sonrió Katz, después de quedarse solo nuevamente con la muchacha.

—Es como si no hubiera nadie en la casa —respondió Hilda despectivamente—. Está medio borracho y dormirá como un tronco.

—A mí también me conviene —suspiró Katz—. No lo olvide, ciérrese por dentro.

—Me llevaré uno de los atizadores junto a la cabecera de la cama —dijo ella. Y se dispuso a salir, pero, de pronto, se volvió hacia el joven.

—Señor Katz, usted ha dicho que Lüttel llevaba sólo dos años en Margopalast —exclamó.

—Así me lo dijo él a mí.

—Sospecho que le engañó. Por lo que ha contado Willi, Lüttel estuvo aquí más de dos años.

—En todo caso, se lo preguntaremos mañana, ¿no le parece?

—Desde luego. Y creo que también sería conveniente que le

hablásemos de Karl Hesse. Para mí, fue Lüttel quien lo asesinó.

Katz se pellizcó pensativamente el labio inferior.

—Pudiera ser —convino—. Pero no tenemos ninguna base seria en la que apoyar tal afirmación.

—No obstante, continúo pensando en Lüttel como el principal sospechoso. Le dijo que sólo llevaba aquí dos años y eso no parece ser cierto.

—Estaba un poco chiflado. No conviene hacer demasiado caso de lo que dijo —sonrió Katz.

—Tal vez. Buenas noches —se despidió Hilda finalmente.

—Buenas noches —contestó él.

CAPÍTULO V

Las llamas se habían extinguido ya y sólo quedaba el resplandor de las brasas en la chimenea. Un chasquido se oyó, pero no podía confundirse con el de un tronco roto al arder.

El sonido atravesó las brumas del sueño que envolvía a Katz y llegó hasta su cerebro. Abrió ligeramente los ojos y aguzó el oído, aunque continuó inmóvil en la cama.

Una sombra veló la luz roja de las brasas de la chimenea. Katz percibió el cambio de resplandor.

La sombra se acercó a la cama. Katz la vio y tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no gritar.

¿Había resucitado la condesa?

Margo von Djáronyi estaba junto al lecho, inclinada ligeramente hacia él, con una singular sonrisa en sus labios de vivo color rojo. Por un momento, Katz pensó en los vampiros y en sus tétricas leyendas.

También en Hungría había tradición de vampiros en algunas comarcas. Pero la condesa no parecía pertenecer a dicha raza fabulosa.

Se inclinó más. Sus labios rozaron ligeramente los del joven.

—Amor mío —susurró—. Duerme, duerme tranquilo. Estoy rejuveneciendo para ti…

Pronto seré como era hace sesenta años, joven, bella y deseable y no sólo de rostro… Y entonces nos unirá un amor ardientemente imperecedero.

Los labios de la mujer aumentaron la presión. Katz percibió un frío mortal en aquella boca.

Se felicitó de la penumbra. Permitía ver con cierta claridad, pero ocultaba algunos detalles. Por ejemplo, la abundante transpiración que cubría su frente.

—Volveré otro rato, amor mío —se despidió la mujer.

Katz no quiso moverse. No estaba seguro de hallarse despierto. Tal vez se trataba de una pesadilla.

Había contemplado la momia de la condesa y conocía a una muchacha de un exacto parecido fisonómico. Sí, ello había influenciado su subconsciente y el sueño había liberado sus inhibiciones, haciéndole ver a la condesa inclinada sobre él y pronunciando frases de amor apasionado.

Creyó oír de nuevo el chasquido de la puerta, pero sonrió, a la vez que cerraba los ojos de nuevo. Todo había sido un sueño.

Dio media vuelta en la cama y trató de dormir. Pero, de pronto, se encontró despierto. Insomne. Dio la luz. Buscó los cigarrillos y encendió uno.

—Si le cuento la pesadilla a Hilda, se reirá de mí —murmuró, mientras exhalaba el humo.

Afuera continuaba oyéndose el rumor de la lluvia, que ahora caía fina y suave, pero con pertinaz mansedumbre.

Pasados unos minutos se tendió de nuevo en la cama. Seguía sin poder conciliar el sueño.

Rememoró la pesadilla.

Margo había dicho bien claramente que rejuvenecería para él. Y Lüttel había manifestado las ansias de resurrección de la condesa.

—A ver si Hilda ha tenido también una pesadilla y se ha vestido como Margo —rezongó, a la vez que echaba a un lado las ropas de la cama.

Iría al dormitorio de la muchacha. Simplemente, quería comprobar si ella seguía en su habitación.

* * *

De pronto, Hilda despertó sobresaltada.

Algo había hecho ruido en el piso inferior. Escuchó durante unos momentos, pero no consiguió oír nada.

Vaciló. Sentía temor, pero también curiosidad.

—No quiero ser cobarde —se dijo de pronto.

Saltó de la cama, se puso una bata y las zapatillas y, con el atizador en la mano, se dirigió hacia la puerta.

Abrió. El edificio estaba sumido en un silencio total.

Sólo se oía el tenue rumor de la lluvia que caía pertinazmente. Hilda abandonó el dormitorio y descendió al vestíbulo.

La puerta que daba a la cripta estaba abierta de par en par. Las cejas de la joven se fruncieron de pronto en un profundo pliegue.

Vaciló unos momentos. De pronto, echó a andar y pisó el primer peldaño de la escalera que conducía a la cripta.

El féretro estaba como siempre, alumbrado por los cuatro blandones eléctricos. Hilda se acercó lentamente al túmulo.

De repente, observó aterrorizada que el féretro aparecía vacío. Casi gritó de espanto. Pero no brotaba ningún sonido de su garganta.

Súbitamente, se dio cuenta de que no estaba sola en el subterráneo. Había alguien más. Hilda percibió claramente su respiración acelerada.

Empezó a volverse. Casi en el mismo instante, algo le tapó la nariz y la boca. Era una compresa grande y espesa, empapada en un líquido de olor dulzón.

Durante unos minutos, se debatió con furia. Luego, de pronto, notó que las fuerzas le flaqueaban.

Todo dio vueltas a su alrededor. Las luces de la cripta se atenuaron rápidamente y de pronto, llegaron las tinieblas.

* * *

La puerta del dormitorio no estaba cerrada con llave.

Katz se sintió preocupado. Hilda había descuidado cumplir sus instrucciones. Abrió. La luz estaba encendida, pero el lecho se veía vacío.

Katz dio un par de pasos en el interior.

—Hilda —llamó.

Faltaban la bata y las zapatillas, observó, pero podía ocurrir que la muchacha hubiese acudido al baño contiguo.

Esperó unos minutos. Hilda no daba señales de vida.

Momentos más tarde, comprobaba que el cuarto de baño se hallaba también vacío. Sus preocupaciones aumentaron.

—¿Adónde diablos habrá ido esta mujer? —gruñó.

Se acordó de la esposa de Lot y también de la séptima mujer de

Barba Azul. A ambas les había perdido la curiosidad.

—Con tal de que a ella no le pase lo mismo —rezongó mientras se dirigía hacia la puerta del dormitorio.

Parte del corredor quedaba sobre el amplio vestíbulo. Había una gran barandilla de piedra artísticamente labrada y asomó medio cuerpo fuera.

La puerta que daba a la cripta estaba abierta de par en par. En el mismo instante, Katz se formuló el propósito de buscar la llave.

—O haré venir a un cerrajero y encargaré una nueva cerradura —se dijo. Bajó corriendo las escaleras y descendió a la cripta.

—Hilda —llamó.

Vagamente, se dio cuenta de que había allí algo anormal, pero no supo verlo por el momento. Todo su interés se centraba en encontrar a la muchacha y no estaba a la vista.

Dio media vuelta. De pronto, oyó un ruidito. Se paró en seco. El ruido se repitió.

Alguien golpeaba un vidrio. La frente se le cubrió en el acto de innumerables gotitas de sudor.

Temblando de pavor, se acercó al túmulo.

Una de las manos de la condesa se levantó de pronto, muy despacio y chocó contra la cubierta de cristal del ataúd.

—¡Va a resucitar! —exclamó, a la vez que daba un paso hacia atrás.

La condesa se agitó levemente en el lecho de seda roja. De pronto, venciendo sus temores, Katz se acercó nuevamente al féretro y buscó los pequeños cerrojos de metal dorado que aseguraban la tapa.

Descorrió uno tras otro. Luego levantó la tapa, que quedó en ángulo recto. La mujer que había en el interior del ataúd realizó una profunda inspiración.

Su pecho se agitó con fuerza. Katz vaciló unos momentos, pero al fin, decidiéndose, levantó en brazos a la condesa y se dirigió hacia la salida de la cripta.

Un olor extraño hirió su sentido del olfato. Era un olor dulzón y desagradable al mismo tiempo. Por el momento, no supo identificar su procedencia.

Subió rápidamente las escaleras. Momentos después, la mujer reposaba sobre el propio lecho de Hilda.

—La sorpresa que se va a llevar cuando vea que ha conseguido lo que tanto deseó —murmuró a media voz.

Sentíase ansioso por conversar con una persona que volvía de la muerte. Tomó una silla y se sentó a esperar.

* * *

Hilda abrió los ojos. Todo dio vueltas en torno a la cama. Sentía náuseas y, en su boca, un mal gusto espantoso.

—Agua, por favor —pidió, todavía medio inconsciente.

—Tengo algo mejor, condesa —dijo Katz, a la vez que se acercaba a la cama.

En vista de que el sueño de la mujer se prolongaba demasiado, Katz había hecho café y tenía a mano una cafetera termo completamente llena. Vertió café en una taza y se lo acercó a Hilda.

—Yo la ayudaré, condesa —dijo, a la vez que le pasaba un brazo por los hombros. Ella tomó el café a pequeños sorbos. Hilda empezó a sentirse mejor.

—Gracias —musitó. Y se tendió de nuevo.

Katz, en pie junto a la cama, sonreía.

—Celebro su resurrección, condesa —dijo. Hilda le miró con extrañeza.

—¿Condesa? —repitió.

—Es el tratamiento que le corresponde, ¿no?

—Señor conservador, ¿se ha vuelto usted loco?

Katz dejó de sonreír en el acto.

—Condesa…

—Soy Hilda Uttax, hombre. Déjese de fantasías —exclamó la muchacha ásperamente.

—Vamos, vamos, condesa, deje de bromear. Estaba en la cripta cuando usted inició su proceso de resurrección. Entonces, la tomé en brazos y la traje aquí… Ocurrió pasada la medianoche y ya amanece.

Hilda se sentó en la cama. Entonces reparó en la indumentaria que cubría su cuerpo.

—¡Señor Katz! ¿Por qué llevo yo los ropajes de la condesa? —gritó despavorida.

Katz empezó a darse cuenta de que allí ocurría algo raro. La voz de la muchacha era inconfundible. Ella y Margo von Djáronyi podían tener las facciones idénticas, pero hubiera sido demasiada coincidencia que también poseyeran un mismo tono de voz.

—Entonces, usted es… —dijo, irresoluto.

—Sí, Hilda Uttax —insistió ella—. Percibí ruidos, me desperté y bajé a investigar. Llegué a la cripta y entonces alguien me atacó y me hizo perder el conocimiento por medio del cloroformo.

Katz recordó entonces el olor que no había sabido identificar. Sí, aquella mujer que tenía frente a sí era la secretaria contratada por el anterior conservador de Margopalast.

—Usted estaba en el ataúd —dijo.

—Cuando yo bajé, lo vi vacío —aseguró Hilda. Katz se pasó una mano por la frente.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó ella, al observar la súbita palidez que aparecía en el rostro del joven.

—Entonces… no… no ha sido un sueño…

—¿Cómo? —dijo Hilda.

—La… la condesa… estuvo en mi dormitorio… Se inclinó sobre mí y me besó… Yo creí que se trataba de una pesadilla.

Hilda, ya recuperada, dio un salto y se puso en pie.

—Entonces, ha resucitado —exclamó. Katz asintió.

—No cabe otra explicación —contestó—. Y lo que yo vi no fue un sueño, sino una realidad total y tangible.

—Dios mío —murmuró Hilda—. ¿Es posible que alguien haya descubierto un procedimiento para resucitar a una persona muerta hace siete años?

Callaron un momento. De pronto, Katz tomó una decisión:

—Hilda, vamos a comprobar si el ataúd sigue vacío —exclamó.

—Sí, desde luego.

La muchacha tuvo que recogerse la falda del pesado vestido para poder caminar con comodidad. De pronto, en el momento de salir, se sintió asaltada por ciertas dudas.

—Señor Katz, ¿por qué me colocaron a mí en el sitio de la condesa? Dejando aparte mi gran parecido físico, claro está.

—No lo sé, aunque sospecho algo que quizá no le guste conocer —respondió él.

—Hable, por favor. Me parece que empiezo a perder el miedo a

Margopalast y a sus fantasmas.

—Querían asesinarla, simplemente.

—¿Qué? —gritó ella.

—El cierre del ataúd, creo, es hermético. Yo debí de llegar a la cripta a poco de haber sido atacada usted. Le vi mover las manos: en su inconsciencia, quería abrir la tapa, para respirar. Lo hizo con ganas cuando levanté la tapa, créame.

—Sí, tengo un vago recuerdo de haber sentido que me faltaba la respiración. ¿De veras cree que hubiera podido morir asfixiada?

—Con cierta moderada seguridad, sí —contestó Katz.

Reanudaron la marcha. Momentos más tarde, se hallaban en la cripta. Hilda lanzó un grito:

—¡Ella está en el féretro!

Katz se estremeció. Lentamente, se aproximó al túmulo y se inclinó sobre el cristal de la tapa.

Margo von Djáronyi reposaba en el ataúd, tan bella como en su primera juventud. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y su quietud era absoluta.

Pero Katz encontró una diferencia en la condesa.

Era muy ligera, apenas perceptible, pero innegable. Ahora, la condesa tenía sus rojos labios ligeramente distendidos.

—Sonríe como si estuviera segura de su próxima resurrección —murmuró. Hilda asintió. Estaba al otro lado, y de pronto, levantó la vista.

—Señor Katz, el cadáver de Hesse ha desaparecido —anunció sorprendentemente. El joven se volvió.

Ahora veía lo que horas antes no había sabido distinguir.

Las cortinas rojas estaban descorridas. Pero no había ningún hueco, sólo una pared sólida, maciza, de recios sillares de piedra labrados muchos años antes.

CAPÍTULO VI

—Sólo nos queda una solución y creo que es la más conveniente —dijo Katz, después de que se hubieron recobrado con un sustancioso desayuno.

—¿Cuál es? —preguntó Hilda.

—Los planos de Margopalast. En alguna parte existe un pasadizo secreto. O puede que sean más de uno. Pero no tengo la menor duda de su existencia.

—Muy bien, volveremos a investigar con los planos en la mano, aunque se me ocurre que quizá haya alguien que pueda ayudarnos muchísimo.

—¿Quién, señorita Uttax?

—Willi, claro, el antiguo guardabosque.

—Es verdad —dijo Katz—. Me había olvidado de él.

Hilda miró a través de la ventana.

—Pero no ha bajado todavía —manifestó.

Hacía rato ya que había amanecido y, aunque el cielo continuaba encapotado, había claras señales de que la lluvia iba a cesar muy pronto.

—Le durará aún la borrachera —supuso ella.

—No estaba borracho, sólo un poco alegre. Y aún dudo mucho de que no lo simulara —rezongó el joven.

Hilda le miró extrañada. De pronto, Katz se encaminó hacia la puerta.

—Volveré en seguida —prometió.

Hilda se quedó sola, pensando con notoria preocupación en los sucesos ocurridos la víspera. En Margopalast, se dijo, había un enigma que quizá no pudiera ser explicado por procedimientos comunes. Algo sobrenatural se había producido en la residencia. Se podía dudar de la afirmación de Katz acerca de la visita nocturna de la condesa a su dormitorio, pero lo que resultaba absolutamente

cierto era el hallazgo del ataúd vacío y su narcotización para ocupar el puesto de la condesa.

Y más aún: había dos vestidos funerarios exactamente iguales, uno de los cuales había llevado ella hasta poco antes del desayuno, en que lo sustituyó por ropas propias.

Katz apareció de pronto en la cocina.

—Willi no está —anunció, ligeramente desconcertado.

—¿Cuándo se ha ido? —preguntó Hilda. Katz hizo un movimiento con los hombros.

—No tengo la menor idea. La habitación está en perfecto orden y, si no fuera por algunas manchas de barro que han quedado en el suelo, diríase que allí no ha pernoctado nadie —contestó.

—Antes dio a entender usted que Willi no era persona en la que se pueda fiar mucho. ¿Por qué, señor Katz?

Antes de que el joven pudiera contestar, sonaron unos fuertes golpes en la puerta del palacio.

—Alguien viene —dijo él—. Vamos a ver.

Salieron de la cocina y cruzaron corriendo el vestíbulo. Katz abrió, encontrándose ante una pareja: hombre y mujer.

—Soy el cabo Piver —anunció el hombre—. Ésta es la señora Ramcke.

* * *

Piver contaba unos cuarenta años, era de regular estatura y expresión entre indiferente y escéptica. Lisa Ramcke andaba por los cincuenta y tenía una silueta más bien redonda, de amplias caderas y pecho voluminoso. Pero parecía agradable y simpática.

—Buenos días, *Herr* Konservator —saludó, a la vez que hacía una ligera reverencia.

—Buenos días, señora Ramcke —contestó el joven—. Les presento a la señorita Uttax, mi secretaria.

Hubo un nuevo intercambio de saludos. Después, Lisa dijo:

—Bueno, creo que se necesitará limpieza a fondo por algunos sitios. Les dejo a ustedes. Y se marchó hacia la cocina, mientras Katz conducía al cabo Piver hacia la biblioteca.

—Ha sido un temporal muy fuerte —dijo Piver—. El camino ha

quedado destruido en algunos puntos y sólo con grandes dificultades se puede atravesar. Comprenderá, señor Katz, que en estas condiciones no podíamos acudir a Margopalast.

—Lo comprendo perfectamente —sonrió el joven—. Pero temo que las noticias que he de darle no son demasiado buenas, cabo.

—¿Por qué?

—El cadáver de Karl Hesse ha desaparecido. Piver miró de hito en hito al joven.

—¿Está usted seguro, no sólo de la muerte del señor Hesse, sino de haber visto su cadáver? —preguntó.

—Tengo a la señorita Uttax como testigo que corroborará mis afirmaciones. Ella también vio el cadáver.

Piver tomaba notas en una agenda.

—Aquí nunca hubo secretaria del conservador —comentó inesperadamente, después de unas cuantas preguntas más a Katz.

—Lo siento, pero el empleo de la señorita Uttax no es cosa mía, sino del difunto señor Lüttel. Sólo él podría decirnos por qué contrató una secretaria, pero, claro, está muerto.

—¿Lo vio caer al Schwarzbach?

—Vi caer el coche. Naturalmente, él iba dentro. Yo salí corriendo y llegué al puente, pero llovía a torrentes y no pude ver nada, ni siquiera el menor rastro del automóvil.

—Habrá que esperar a que descienda el nivel del Schwarzbach —dijo Piver—. No comprendo cómo al señor Lüttel se le ocurrió salir de casa en una noche así.

—Tenía prisa. Dijo que se sentía harto de permanecer junto a una momia. No puedo decirle más, cabo. Y, por cierto, el señor Lüttel me mintió en un punto.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo llevaba en el cargo de conservador?

—Cinco o seis años, más bien seis.

—Él me dijo que sólo llevaba dos.

—Le entendería usted mal.

—Es posible. —Katz se encogió de hombros—. ¿Conoció usted la difunta condesa?

—Desde luego.

—¿Qué tal era?

—Muy buena, amable y simpática. Tenía un corazón de oro,

aunque sé que no hubiese perdonado las traiciones a su amistad.

—¿Conocía usted su manía por resucitar?

Piver sonrió ladinamente.

—¿Quién no tiene una u otra manía, señor conservador? —respondió.

—Usted parece llevar mucho tiempo en la región. ¿Qué opina de las personas retratadas en ese cuadro, que parece una junta de directivos de una empresa?

—La condesa tenía negocios con ellos, pero rompió, es todo lo que puedo decirle, señor Katz.

—¿Qué clase de negocios?

—La condesa me apreciaba notablemente, aunque, claro, había cosas que no iba a confiar a un simple policía de pueblo.

—Sí, ya entiendo. ¿Conoció a las personas retratadas en ese cuadro?

—Algunas veces venían por aquí, como huéspedes de la condesa. Eso es todo lo que sé.

—Karl Hesse murió asesinado. ¿Qué piensa hacer usted al respecto?

—Muéstreme el cadáver, por favor.

Katz miró fijamente al hombre que tenía frente a sí.

Resultaba obvio que Piver no creía en sus manifestaciones. Decidió seguirle el juego.

—Tal vez sufrí una alucinación —contestó. Piver sonreía, comprensivo.

—Era la primera noche de su estancia en Margopalast, llovía a torrentes y de cuando en cuando tronaba y relampagueaba. Imagino que todo ello le impresionó profundamente. Quizá se quedó traspuesto en un sillón junto a la chimenea… y soñó.

Katz sonrió también.

—Sí, es lo más probable. Pero no me dirá que el señor Lüttel no…

—Ya he visto la barandilla del puente. El señor Lüttel cometió una imprudencia al abandonar Margopalast con semejante tiempo. Ya rastrearemos el arroyo cuando descienda el nivel de las aguas.

Piver se marchó. A Katz le quedó la sensación de que el cabo no había querido profundizar demasiado en un asunto que o no le importaba mucho o le resultaba demasiado complejo. Admitía la

muerte de Lüttel, pero no la de Hesse. Y puesto que no le podía mostrar el cadáver…

Hilda llegó en aquel momento.

—He estado sonsacando a la señora Ramcke —manifestó.

—Interesante —comentó Katz—. ¿Qué le ha dicho?

—En primer lugar, hemos hablado de Willi Warlass. Lo ha puesto verde, vamos, como para cogerlo con pinzas: vago, rastrero, charlatán y… naturalmente, bebedor. La condesa se cansó de él y lo echó.

—Sí, Willi me pareció todo un fresco —sonrió el joven—. ¿Ha hablado con la señora Ramcke de los demás asuntos?

—He procurado ser discreta, pero…

El timbre del teléfono sonó de pronto.

El estallido sonoro sobresaltó a la pareja. Katz gruñó algo entre dientes.

—Ni me acordaba ya de ese maldito artefacto —rezongó.

* * *

Una voz colérica llegó a sus oídos.

—Señor Lüttel…

—Lo siento, soy Dieter Katz, el nuevo conservador de Margopalast. El señor Lüttel ha muerto en un desgraciado accidente, a poco de haberme cedido el cargo.

—Oh —dijo el otro—. Bueno, es igual, señor Katz. Soy Udo von Hrimaldi. ¿Me conoce usted?

—No, señor, no tengo el honor…

—Es lo mismo, es lo mismo. Señor Katz, ¿se puede saber de quién ha partido la desagradable idea de enviarme una fotografía del cuadro que, seguramente, estará usted mirando en estos momentos?

—Pues, sí, lo estoy mirando.

—En la fotografía aparecemos Hesse y yo con las caras borradas. ¿Qué diablos significa esto, señor Katz?

El joven se puso rígido.

—Señor Hrimaldi, por favor, avise inmediatamente a la policía.

—Nada de avisar a la policía. Esta misma noche estaré en

Margopalast. Tenga la bondad de avisar a la señora Ramcke, para que me prepare una habitación de los huéspedes. Eso es todo. Buenos días, señor conservador.

La comunicación se cortó. Katz volvió el teléfono a la horquilla.

—¿Quién era? —preguntó Hilda—. Parece como si hubiese recibido malas noticias.

—No son buenas. Alguien ha enviado a Von Hrimaldi una fotografía con su cara y la de Hesse borradas.

Hilda se puso pálida.

—Lo van a asesinar —exclamó.

—Eso mismo he pensado yo. Le aconsejé, como usted me oyó, que avisara a la policía, pero se negó. Ha dicho que a la noche estará aquí.

—¡Dios mío! Pero ese hombre está loco. Tendríamos que hacer algo.

—Escuche —dijo él de pronto—. En la biblioteca hay una pequeña armería: escopetas de caza y un par de rifles para animales mayores. Más o menos, yo sé manejar una escopeta.

—Podía habérsele ocurrido anoche —suspiró la muchacha.

—No pensé en ello. Pero ahora la cosa varía. Vamos, Hilda.

Corrieron a la biblioteca.

El armero, un departamento acristalado, aparecía vacío por completo. Hilda se apretó instintivamente contra el joven.

—Señor Katz, ¿qué va a pasar aquí? —preguntó.

Hubo un momento de silencio. Después, Katz, reaccionando, se dirigió de nuevo al despacho.

Poco después, entraba en contacto con Piver.

—Cabo, le denuncio el robo de las armas que había en Margopalast —dijo con voz firme.

—Oh —exclamó Piver—. ¿Sospecha de alguien?

La respuesta del joven fue tajante.

—Sí, sospecho de Willi Warlass.

—Está bien. Investigaré y le daré cuenta de los resultados de mis pesquisas. Gracias por haberme avisado, señor conservador.

—A usted, cabo.

Katz colgó el teléfono. Hilda le miraba expectante.

—Voy a hablar con la señora Ramcke —anunció él.

Hilda le siguió. Lisa estaba en el piso superior, arreglando uno

de los dormitorios.

—Necesito hablar con usted, señora Ramcke —manifestó él.

—Estoy a su disposición —contestó la mujer.

—Se trata de las ocho personas a las que retrató la condesa. Usted las conoció.

—Superficialmente, claro. Ya puede darse usted una idea de las relaciones que podían existir entre esos señores y una sirvienta.

—Comprendo, señora Ramcke. Pero, dígame, ¿no supo nunca qué clase de negocios tuvieron ellos y la condesa en común?

—No, nunca lo supe, ni me interesé por ello.

—Tengo entendido que la condesa se trajo de su Hungría natal una gran cantidad de joyas, una fortuna fabulosa. ¿Qué sabe usted al respecto?

—Más o menos, lo que todo el mundo sabe, aunque nunca las vi… Mejor dicho vi algún anillo, una pulsera… Poca cosa, señor conservador.

Katz emitió una sonrisa de circunstancias.

—Muchas gracias, señora Ramcke —concluyó.

Seguido de la muchacha, descendió de nuevo al primer piso.

—Me siento desconcertado —confesó.

—Y yo siento escalofríos continuamente —dijo Hilda.

—¿Por qué?

—Pienso en un hombre, cuyo rostro ha sido borrado en una fotografía. A juzgar por lo que sabemos, el rostro borrado significa una sentencia de muerte —declaró Hilda lúgubremente.

CAPÍTULO VII

La noche había cerrado ya.

Lisa Ramcke se había ido a media tarde. Katz e Hilda habían quedado nuevamente solos.

Las horas transcurrían lentamente. Katz tenía los ojos fijos en las llamas de la chimenea. El carillón del vestíbulo dio una hora. Las campanadas sonaron lentas, musicales. La última nota vibró largamente en la atmósfera. De pronto, Hilda se puso en pie.

—Me voy a mi cuarto —dijo—. Si lo estima conveniente, avíseme cuando llegue el señor Hrimaldi.

—Bien, señorita.

Los pasos de la muchacha se alejaron. Volvió en silencio.

Katz atizó el fuego de la chimenea. El sillón era comodísimo. Alargó las piernas y buscó una mejor postura.

Empezó a sentir una dulce languidez. Los ojos se le cerraron un par de veces, a pesar de que hacía esfuerzos por mantenerse despierto.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, una alta silueta se dibujó en la puerta.

La mujer sonrió ligeramente al ver al hombre que dormía. Paso a paso, se acercó a él y le besó suavemente en los labios.

—Cada día me siento más joven, amor mío —musitó—. Pronto, tú y yo, volveremos a ser eternamente felices… dichosos como jamás lo hayamos sido… como nunca lo fue ninguna pareja.

De pronto, vio las manos del joven, apoyadas en el sillón.

—Oh, te falta…

Con gesto nervioso, se quitó un anillo, adornado con un enorme rubí y lo puso en el meñique izquierdo del joven.

—Llévalo como prenda de mi amor —musitó, a la vez que se inclinaba para besarle de nuevo.

La mujer dio media vuelta y se alejó. Katz quedó solo otra vez.

Pasaron algunos minutos. De repente, un estridente alarido descendió del piso superior y despertó al joven, quien se puso en pie de un salto.

El grito se repitió. Hilda pedía socorro.

* * *

Hilda logró conciliar, por fin, el sueño y se durmió. Había logrado vencer las aprensiones que flotaban en su ánimo y consiguió tranquilizarse.

Transcurrió un largo rato. De pronto, Hilda creyó oír un ligero ruidito.

Abrió los ojos y miró a su alrededor, pero no vio nada. Sin duda, pensó, una madera había crujido en alguna parte de la residencia.

Empezó a dormirse de nuevo. De repente, se sintió acometida por un extraño sentimiento.

Había alguien más en la estancia. Abrió los ojos y entonces vio un rostro humano a dos palmos escasos de distancia.

El hombre vestía enteramente de negro y estaba junto a la cama inclinado sobre ella. Las brasas de la chimenea daban el suficiente resplandor para poder verle la cara.

Hilda sintió un terror invencible al contemplar aquel espantoso rostro, que parecía el de una gárgola esculpida en piedra: cejas espesísimas, ojos que despedían un rojizo brillo de fuego, enormes cicatrices…

Un fortísimo alarido brotó de sus labios inconteniblemente.

El grito asustó al individuo quien, en el acto, dio media vuelta y escapó. Hilda no se fijó muy bien en el camino que tomaba el desconocido, debido al espanto que invadía su ánimo.

Loca de terror corrió hacia la puerta, hizo girar la llave y la abrió.

—¡Dieter, Dieter! —llamó a voz en cuello.

El joven subía ya los escalones de cuatro en cuatro. Hilda lo vio y corrió hacia él, descalza y sin cuidarse en absoluto de su liviano camisón.

—Un hombre… horrible… —gemía la muchacha—. Parecía una máscara… Estaba inclinado sobre mí.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—Entró en mi habitación. No sé cómo… —Hilda temblaba convulsivamente de pies a cabeza, a pesar de que se había colgado del cuello del joven—. Creí que iba… a matarme.

Katz se separó de la muchacha y entró en el dormitorio, empuñando resueltamente un atizador.

—No hay nadie —dijo.

—Le aseguro que no ha sido una pesadilla. Le vi con tanta claridad como ahora le estoy viendo a usted.

Katz avanzó unos pasos. Con la mano izquierda, agarró la bata de la joven y se la entregó.

—Cúbrase —indicó—. Puede pillar una pulmonía.

Hilda obedeció, todavía temblando de miedo. Katz dejó el atizador a un lado y tanteó las paredes.

—No encuentro sonido a hueco —dijo.

—Estuvo aquí, se lo juro. No sé quién ni qué pretendía, pero tenía un rostro diabólico.

—¿Habló? ¿Le dijo algo?

—No, no dijo nada en ningún momento… Señor Katz, ¿qué hay en esta horrible mansión?

—Pasan cosas extrañas, es cierto —convino él, preocupado. Y fue a llevarse la mano izquierda a los labios, en un gesto maquinal, pero entonces notó el contacto de algo raro.

Se miró la mano. Una exclamación brotó de sus labios.

—¡Hilda, mire!

La muchacha se le acercó. Katz tenía la mano izquierda extendida, en la que se veía brillar un rubí de enormes dimensiones, en una montura de brillantes.

—Cielos, qué joya —exclamó Hilda—. ¿De dónde la ha sacado usted?

Los dos se miraron en silencio durante unos momentos.

—No he saqueado la momia de la condesa —dijo Katz al cabo—. En todo caso, sería del género idiota robar la sortija y llevarla tan ostentosa como incómodamente, ¿no le parece?

—Sí, pero ¿por qué no vamos a la cripta y comprobamos si falta o no el anillo?

—Tiene usted razón.

Salieron del dormitorio. Hilda caminaba pegada al joven,

mirando aprensivamente a derecha e izquierda. Momentos después, emprendían el descenso al subterráneo, en donde la luz no faltaba un solo instante.

Katz se acercó al féretro. Inmediatamente, advirtió la falta de la sortija en la mano derecha de la condesa.

Vaciló.

—Será posible… —murmuró.

Hilda le miraba con gran interés.

—¿Cree que ella ha salido de su féretro… para entregarle la sortija? —preguntó con voz insegura.

Katz no dijo nada. Realmente, su mente era un turbión de pensamientos contradictorios y faltos de coordinación.

De repente, Hilda lanzó una exclamación:

—¡Dieter, las cortinas!

El joven se volvió.

Las cortinas rojas estaban corridas, cubriendo casi enteramente el lienzo de pared. Katz sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

Dudó unos segundos, pero en seguida se decidió. Paso a paso, se acercó a la pared y tiró de los cordones.

Hilda se había vuelto de espaldas. No se atrevía a mirar, presintiendo el espectáculo.

—Dieter, ¿está…?

—Sí —confirmó él sombríamente—. Udo von Hrimaldi está aquí y con la cara borrada.

Para la muchacha resultó demasiado. Sintióse acometida por un extraño vértigo y notó que las piernas le flaqueaban.

Lenta y silenciosamente, se tumbó en el suelo. Mientras, Katz se acercaba al segundo cadáver, situado junto al primero, y le examinaba el pecho.

Von Hrimaldi había muerto igualmente con el corazón perforado por el agujón. Tras unos segundos de vacilación, Katz se sintió con el suficiente valor para tocar el rostro sin rasgos.

Era una carne fría, lisa, de color blancuzco. Terriblemente desconcertado, Katz se preguntó qué horrible morbosidad impulsaba al asesino a borrar las facciones de sus víctimas.

De pronto, tomó una decisión:

—Me quedaré aquí, hasta que vengan a mover la pared —dijo.

Sí, era lo mejor. Tarde o temprano, el asesino vendría a

restablecer el estado normal de aquel sector del muro. Y entonces…

—Hilda, usted vuélvase a su dormitorio —indicó.

Pero ella no le contestó.

Extrañado, Katz giró en redondo y sintió que se le ponían los pelos de punta al no ver a la muchacha.

—¡Hilda!

—A… aquí… —dijo ella, con voz muy débil—. Creo que… me he desmayado.

Katz rodeó el túmulo y se arrodilló junto a la muchacha, que trataba de incorporarse.

—Lo mejor será que vuelva a su dormitorio —dijo a la vez que la alzaba en vilo. Hilda lanzó un hondo suspiro. Su brazo derecho pasó en torno al cuello del joven.

—Sí, será lo mejor… pero no me deje sola —suplicó.

—Lo siento —contestó Katz con voz firme—. Volveré al sótano y permaneceré allí hasta que vea al tipo que abre y cierra el compartimento que hay al otro lado de las cortinas.

Hilda no se sintió con ánimos de protestar. Momentos después, estaba tendida en el lecho.

—Dejaré la luz encendida —manifestó.

—Es una buena idea —sonrió él.

Dio media vuelta y salió de la estancia. Volvió a la cripta, pero, apenas había llegado al final de las escaleras se detuvo, como herido por un rayo.

La pared del lado izquierdo había recobrado de nuevo su aspecto habitual. Los cadáveres de Hesse y Von Hrimaldi habían sido ocultados otra vez a la vista de los curiosos.

* * *

—Hay alguien escondido en el palacio —dijo Katz a la mañana siguiente, mientras llenaba de café la taza de Hilda.

—Sí, pero ¿dónde?

—En alguna parte.

—Los planos…

—Estoy por afirmar que fueron falseados. O, por lo menos, se han omitido en ellos los pasadizos secretos que sin duda existen.

—Eso es ya más creíble —dijo Hilda—. Pero también cabe la posibilidad de que los planos auténticos estén en alguna parte.

—Sí, es cierto. El problema, sin embargo, estriba en encontrarlos.

—¿Y si fueron destruidos?

—No —contradijo Katz con voz firme—. Ni siquiera al desconocido sujeto que está por alguna parte del castillo le convendría una cosa así. Sencillamente, copió los planos y suprimió las indicaciones relativas a los pasadizos.

—¿Qué me dice usted de esa pared de quita y pon de la cripta?

—Debe de tratarse de un muro movedizo, por algún mecanismo que se acciona desde un lugar que desconocemos. Pero es obvio que el asesino, porque ya no se puede dudar de que se trata de un asesino, trata de hacer una clara exhibición de sus crímenes.

—Hesse y Von Hrimaldi murieron con el corazón atravesado por una aguja de gran tamaño. Antiguamente, las mujeres usaban agujones para sujetarse aquellos grandes sombreros que formaban parte de su vestimenta.

—Sí, eso tengo entendido.

—Puede que el asesino sea… la condesa Margo. Hubo un momento de silencio.

—Ella abandona el ataúd por las noches —dijo Hilda tras una leve pausa.

Katz bajó la vista y contempló el anillo.

—Entonces, no soñé la primera noche —murmuró—. Y anoche, me quedé traspuesto en el sillón. Ella vino y yo no me di cuenta siquiera.

—Murió hace siete años. ¿Cómo es posible que siga viva todavía?

—¿Está muerta?

De nuevo volvió el silencio. Súbitamente, Katz exclamó:

—Esta noche, en cuanto cene, bajaré a la cripta. Me llevaré un sillón y estaré allí hasta el amanecer, bien despierto. Si la condesa sale de su ataúd, tendrá que vérselas conmigo.

—Toda la noche —se estremeció ella.

—Sí, desde el anochecer, hasta el alba —corroboró Katz.

El teléfono sonó de pronto. Hilda, sobresaltada, lanzó un gritito. Katz corrió hacia el despacho y tomó el auricular.

—¿Señor conservador? Soy el cabo Piver.

—Ah, hola, cabo. ¿Hay algo de nuevo?

—Sí, señor. He detenido a Warlass. Ha confesado ser el autor del robo de las armas de Margopalast.

—Vaya, menos mal.

—Si el señor conservador lo desea, yo mismo llevaré las armas de nuevo.

—No, gracias, cabo. Mejor será que las guarde por ahora en su despacho. Ya le indicaré cuándo puede devolverlas.

—Como usted ordene. En cuanto me sea posible, le llevaré la denuncia escrita contra Warlass, para que la firme. Es lo preceptivo, señor Katz.

—De acuerdo, pero guarde las armas hasta que yo se las pida.

—Sí, señor.

Katz cortó la comunicación.

—¿Por qué no quiere que Piver traiga aquí las armas? —preguntó Hilda, que lo había oído todo desde la puerta del despacho.

Katz sonrió débilmente.

—Yo no sé manejarlas apenas —contestó—. Pero puede que el asesino tenga necesidad de ellas en algún momento. Eso le evitará la tentación de usarlas… y a nosotros, tal vez, un serio inconveniente.

—No está mal pensado —aprobó ella—, aunque observo que no le ha dicho nada de la muerte de Von Hrimaldi.

—¿Para qué? Piver no se siente demasiado inclinado a investigar y, por otra parte, ¿cómo enseñarle los cadáveres sin rostro?

—Es cierto. Oiga, ¿de verdad les borra la cara el asesino?

Katz levantó los ojos hacia el cuadro, donde se hallaban representados los ocho socios de la condesa.

—Sí, les borra la cara —confirmó.

Todavía creía sentir en los dedos el helado contacto de un rostro sin rasgos fisonómicos.

* * *

El sillón era de respaldo alto. Katz no había querido

comodidades, a fin de no quedarse dormido. Para mantener intactas sus posibilidades de vigilia, se trajo una cafetera termo, llena, y una taza; cigarrillos, cerillas y una mesita.

Hilda se encerró en su habitación antes de las nueve. Katz estaba sentado a cinco o seis pasos del túmulo. El silencio era absoluto.

Regularmente, llegaban hasta la cripta los sonidos del carillón del vestíbulo. Las horas pasaban lentamente.

De cuando en cuando, Katz se levantaba y daba un paseo, a fin de estirar las piernas y combatir el sueño. En una de las ocasiones se acercó al túmulo, inclinándose ligeramente sobre el féretro.

Margo von Djáronyi parecía dormida. Katz se fijó en su pecho, en el que no se captaba el menor movimiento.

Una de las veces, se tocó la sortija. Sintióse tentado de devolvérsela a su dueña, pero le pareció imprudente levantar la tapa del ataúd.

—¿Por qué no despiertas? —habló en una ocasión, como si creyera que ella podía escucharle.

Detrás de él, una gran losa del suelo se levantó en silencio. Un brazo asomó y echó algo en la cafetera. La losa bajó de nuevo. Katz no se percató de lo sucedido.

A poco, regresó al sillón y se sirvió una taza de café, que paladeó lentamente, mientras fumaba un cigarrillo. Minutos más tarde, sintió el cerebro embotado.

De pronto, comprendió que empezaba a dormirse. Desesperadamente, trató de mantenerse despierto, luchando contra el sueño que invadía su cerebro, pero aquel sopor resultaba irresistible.

Los ojos se le cerraron. Segundos más tarde, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba dormido.

CAPÍTULO VIII

Hilda bajó a la cripta al hacerse de día y vio el sillón vacío. Pensó que Katz habría dado por concluida su vigilancia y regresó a la cocina, en donde preparó el desayuno.

Esperó unos minutos. Katz no daba señales de vida.

Tras una ligera vacilación, subió al primer piso y llamó a la puerta del dormitorio de Katz.

Nadie le contestó. Nerviosa, Hilda abrió la puerta y vio al joven dormido en la cama. «Claro, ha pasado la noche en vela».

Pero, de pronto, se dio cuenta de que Katz estaba completamente vestido. «¿Por qué no se cambió de ropa, si quería dormir?», se preguntó.

La alarma llegó a su cerebro.

Corrió hacia el lecho y sacudió al durmiente. Katz pronunció unas palabras ininteligibles, pero no se despertó.

Hilda pensó que debía recurrir a medios más drásticos. Fue al baño, llenó un vaso de agua y regresó a la habitación. El contenido del vaso cayó de lleno sobre el rostro de Katz, quien se agitó en el acto, murmurando palabras de enojo.

—Vamos, vamos, despierte —dijo ella, sacudiéndole con todas sus fuerzas—. Dieter haga un esfuerzo, hombre.

Katz abrió torpemente los ojos y sonrió.

—Hola, condesa. Ya veo que ha salido del féretro.

—Yo no soy la condesa; soy Hilda.

—¿De veras? ¿Tiene usted ganas de broma?

—¡Le digo que soy Hilda! Dieter, ¿qué le pasa? —gritó la muchacha.

Katz se percató de que las brumas del sueño se disipaban de su cerebro. De repente, notó que estaba en su propia cama.

—¿Eh? ¿Quién me ha traído aquí? —exclamó.

—Usted, claro. Terminó la vigilancia en el subterráneo y…

El joven se sentó.

—No, no la terminé —contradijo—. Me quedé dormido.

—¿Seguro?

—Ahora lo estoy. Pero lo peor de todo es que… mientras dormía, alguien me trajo aquí.

—Dieter, usted pesa muy bien ochenta kilos. No debe de ser cosa fácil subirle en brazos hasta el dormitorio, como usted hizo conmigo.

Katz paseó la mirada a su alrededor.

—Entonces, no hay más que una solución —dijo—. Alguien puso un narcótico en mi café.

—Pero si se lo preparó usted mismo —alegó Hilda.

—Ocurrió en la cripta, no cabe la menor duda.

—Entonces, se durmió muy pronto.

—No. Estoy seguro de haber permanecido despierto hasta las tres de la mañana, aproximadamente. Fue entonces cuando noté que me dormía. Quise evitarlo, pero no pude.

Katz se levantó, encaminándose al cuarto de baño, en donde se arrojó más agua a la cara.

—Y tomé un par de tazas de café —gritó, para que ella pudiera escucharle—. La primera, a las diez de la noche y la segunda a las doce. La tercera taza ya estaba narcotizada, Hilda.

—Incomprensible —calificó ella.

—Todo es incomprensible aquí —dijo Katz, saliendo del baño aún con la toalla en las manos—. Salvo una cosa.

—¿Sí, Dieter?

—Yo no lo vi. De cuando en cuando, me levantaba a pasear. Una vez estuve bastantes minutos contemplando a la condesa. Entonces fue cuando me debieron de poner el narcótico en la cafetera.

—Sí, pero no comprendo los motivos.

—¿De verdad? Hilda, la condesa sale de su féretro todas las noches. Simplemente, no querían que la viera en pie.

Ella se quedó con la boca abierta. De pronto, antes de que pudiera decir nada, se oyó una voz en el vestíbulo:

—Eh, ¿no hay nadie en la casa?

* * *

Katz y la muchacha corrieron escaleras abajo. Parada en el centro del vestíbulo, había una mujer de unos cuarenta años, elegante y sofisticada, con una valiosa estola de piel en torno al cuello.

—Soy Carol Maashrin —se presentó desenvueltamente.

Katz recordó el nombre en el acto. Era la única mujer, que, aparte de la condesa, había formado parte de aquella extraña sociedad.

—Soy Dieter Katz, el nuevo conservador —manifestó—. Ella es la señorita Hilda Uttax, mi secretaria.

—Ah, un nuevo conservador —dijo Carol, sonriendo extrañamente—. Menos mal; aquel viejo pajarraco de Lüttel me crispaba los nervios cada vez que lo veía.

—Lüttel ha muerto, señora Maashrin.

—Oh… Bueno, lastimoso, aunque no para echarse a llorar —dijo la recién llegada con acento de indiferencia—. Por cierto, mi equipaje está todavía en el coche.

—Yo me encargaré de él —dijo Lisa, apareciendo súbitamente.

—Ah, estaba en la casa —exclamó la muchacha.

—Claro, vengo todos los días a las ocho en punto —declaró la señora Ramcke con aire de dignidad ofendida—. ¿Cómo está, señora? —saludó.

—¿Qué tal, Lisa? —Sonrió Carol.

—La señora puede ocupar una habitación de los huéspedes, la que más le guste.

—Gracias, Lisa.

Carol miró al joven y sonrió de nuevo.

—Si el señor conservador no tiene nada que oponer —añadió.

—Estamos a sus órdenes, señora Maashrin —contestó Katz gravemente. La recién llegada se encaminó hacia el piso superior.

—¿Qué buscará aquí esa pájara? —murmuró Hilda momentos más tarde.

—Ya lo averiguaremos —contestó él—. Ahora, de momento, vamos a buscar algo más interesante: el plano auténtico de Margopalast.

Dos horas más tarde llegó una voz desde el piso superior:

—Señor Katz.

Hilda y el joven cambiaron una mirada.

—Es la señora Maashrin —murmuró ella.

—Iré a ver qué quiere. Usted siga buscando.

—Sí, señor.

Katz subió al piso superior. Vio una puerta entreabierta y tocó con los nudillos.

—Entre, por favor.

Katz terminó de abrir. Carol estaba indolentemente sentada ante el espejo de su tocador, retocándose el cabello estrepitosamente rubio.

—Señor Katz, tengo que decirle algo —manifestó.

—Estoy a sus órdenes, señora —dijo el joven, impasible.

—Esa muchacha… Usted ha dicho que es su secretaria.

—En efecto, señora.

—¿No será la condesa?

—La condesa está en la cripta. Puede comprobarlo.

—El parecido es sorprendente. ¿Qué opina usted, señor conservador?

—Una mera coincidencia. Son casos rarísimos, pero se dan a veces.

—Margo fue siempre una mujer excéntrica. Creía que podría resucitar. Claro que fue siempre su deseo, pero, aparte de ello, quien terminó de infiltrarle esas ideas disparatadas en la cabeza fue el doctor Dubmeier.

Katz se sorprendió al oír el nombre.

—¿Dubmeier? —repitió.

—Sí, el mismo que le devolvió su rostro juvenil. No sé si es cierto o no, pero creo que había descubierto un procedimiento para evitar la muerte. A mí me gustaría que emplease su medicina conmigo, aunque no ahora, por supuesto.

—¿Conoció usted a Dubmeier, señora? —preguntó Katz.

—Sí, claro. —Carol soltó una risita—. Quiso experimentar en mí sus habilidades de cirugía estética, pero le dije que era aún pronto para rejuvenecerme con el bisturí. ¿No le parece, señor Katz?

—Tiene usted el rostro y la silueta de una mujer de quince años, señora —dijo el joven, halagador.

Carol se volvió y le dirigió una penetrante mirada.

—¿Es sincero, señor Katz? —preguntó.

—Absolutamente, señora.

Carol soltó una extraña risita. Luego, de pronto, se puso en pie y avanzó hacia el joven, deteniéndose cuando ya le rozaba con su pecho.

—Me gustaría ser la dueña de Margopalast. Usted sería el conservador siempre.

—Tal vez entonces le cambiase el nombre. Lo llamaría Carolpalast.

—Inteligente —rió ella. Katz pensó que resultaba evidente que Carol trataba de provocarle, pero se esforzó por no caer en la trampa y retrocedió un poco—. ¿Me teme? —preguntó Carol.

—Siempre temo a todas las mujeres hermosas.

—Otra muestra de su inteligencia, señor conservador. Me felicito de haberle encontrado aquí.

—Lo mismo digo, señora. Sobre todo, porque me gustaría seguir la conversación en otro momento.

—Cuando guste, Dieter.

—Tenemos mucho de qué hablar. Quiero saber qué clase de negocios hubo entre la condesa y ocho personas más, una de las cuales era usted.

La sonrisa se borró en el acto del rostro de Carol.

—El cargo de conservador no le da derecho a conocer ciertas cosas que estimo como reservadas —dijo con repentina frialdad en la voz.

—Yo creo que le convendría hablar, señora. Sobre todo, si se piensa en que Karl Hesse y Udo von Hrimaldi han muerto asesinados.

Carol abrió la boca estúpidamente. Antes de que pudiera decir nada, Katz dio media vuelta y abandonó la habitación.

* * *

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Hilda.

—Primero se mostró insinuante, tentadora.

—Y usted resistió, heroico —dijo ella, burlona.

—No era sincera —se defendió Katz.

—¿Cómo lo sabe?

—El instinto, Hilda.

—¿Tiene usted un instinto especial para las mujeres hermosas… y algo maduras?

—Hilda, no sea mordaz. Me interesaba más otra cosa.

—¿Sí, Dieter?

—El negocio que tuvieron en común con la condesa. Dejó de mostrarse amable y, con buenas palabras, me dijo que no me importaba en absoluto.

—Lo cual confirma mis sospechas.

—¿Qué sospechas?

—No era un negocio limpio.

—Creo que tiene usted razón. Pero también opino algo sobre el particular.

—¿Qué es, Dieter?

—Esas ocho personas engañaron a la condesa.

—Y ella se venga ahora. Vamos, no crea en fábulas.

—Ya se han producido dos asesinatos, ¿no?

—Sí, pero la condesa no ha sido.

Katz miró fijamente a la muchacha.

—Parece estar muy segura de lo que afirma —observó. Hilda se ruborizó ligeramente.

—Alguien ejecuta los crímenes, como una especie de venganza en honor a la condesa —declaró.

—Es posible. Hablemos ahora de otra cosa, Hilda. ¿Qué ha encontrado?

—Nada. Lo siento. Ya no sé dónde mirar.

—Debemos seguir —dijo él—. No podemos permitirnos el lujo del desánimo.

Mientras buscaban el plano, Katz pensó amargamente que había ido a Margopalast pensando encontrar paz y tranquilidad, y un trabajo regalado, que le permitiría preparar concienzudamente su tesis doctoral.

Había ocurrido todo lo contrario. Y más todavía, estaba inmerso en el centro de un enigma, cuya solución no encontraba por ninguna parte.

Carol bajó a media tarde y estuvo un rato en la biblioteca. Katz e Hilda se dieron cuenta de su presencia, pero la ignoraron cortésmente.

Al poco rato, Carol volvió a su habitación. Entonces, se oyó un

terrible chillido.

Katz y la muchacha se lanzaron corriendo escaleras arriba. Al llegar al piso superior, vieron a Carol que salía de su dormitorio, con una cartulina en la mano.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamó descompuestamente—. ¿A quién se le ha ocurrido esta broma estúpida?

Llegaron junto a Carol. Katz tomó la cartulina que ella tenía en la mano.

Hilda la miró por encima del hombro del joven y lanzó una aguda exclamación. Al cabo de unos segundos, Katz se encaró con Carol.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó.

—En mi cama, sobre la almohada —respondió la interpelada—. El que lo hizo, aprovechó mi ausencia, cuando fui a la biblioteca en busca de un libro. Esto es algo que no me gusta en absoluto, ¿me oyen?

Katz volvió a mirar la fotografía, en donde ya aparecían tres rostros en blanco. El tercero correspondía a Carol Maashrin.

—A mí tampoco me gusta en absoluto —declaró—. Pero le diré una cosa: el señor Von Hrimaldi manifestó haber recibido una fotografía análoga y, antes de que acabase el día, apareció muerto.

CAPÍTULO IX

Un ligero temblor sacudió el cuerpo de Carol.

—¿Es… es eso cierto? —preguntó.

—Absolutamente, señora —confirmó Hilda.

—Pero ¿por qué? ¿Quién quiere matarnos?

—Es probable que usted conozca los motivos, mejor que nadie —respondió Katz. Carol pareció rehacerse.

—No hay motivos para desear nuestra muerte —dijo.

—En ese caso, no debe temer nada. Se trata de una broma, como usted ha dicho antes.

—¿A qué ha venido usted a Margopalast? —inquirió Hilda.

—Es cierto —añadió Katz—. Todavía no ha expresado los motivos de su estancia aquí.

Carol alzó la barbilla.

—No seré muy gravosa al erario de Margopalast —declaró—. Me iré mañana por la mañana.

—Lamento habérselo dicho de modo que usted haya creído entender otra cosa, señora —dijo Katz—. Pero no tiene por qué marcharse tan pronto; por mí, puede quedarse cuanto guste. Y, otra cosa: velaré toda la noche para que no le suceda nada.

—¿De… de veras cree que…?

—Por si acaso, mejor será estar prevenido.

—Yo también vigilaré —decidió Hilda.

—Será demasiada molestia para ustedes…

—Ninguna, señora, sino todo lo contrario.

—Esa vieja bruja —refunfuñó Carol de pronto.

—¿Se refiere a la condesa? —preguntó Hilda.

—¿De qué otra persona podría hablar? —contestó la mujer de mal talante.

—A mí me gustaría saber qué clase de negocios tuvieron en común —manifestó Katz.

—Lo siento, pero eso no es cosa que les interese.

—La condesa tenía una colección de joyas sumamente valiosas. ¿Las vio usted alguna vez?

—Sólo una. No le gustaba demasiado sacarlas… a que les diese el aire —contestó Carol sardónicamente.

—¿Dónde las guardaba?

—Tenía una caja fuerte, pero después de su muerte apareció vacía. En su Banco, tal vez, sepan decirle algo.

—Es probable, señora.

—De todas formas, era una chiflada. Siempre alardeaba de sus riquezas, de su árbol genealógico y de que ni un solo día había dejado de dormir sobre la riqueza. Algunos pueden pensar que la engañamos, pero, créame, fuimos nosotros los engañados.

—Está bien, señora. Después de cenar, la señorita Uttax y yo vendremos a su habitación y pasaremos en ella la noche.

Carol hizo un encogimiento de hombros.

—Como gusten, aunque insisto en que me iré mañana por la mañana —respondió. Katz e Hilda volvieron a la planta baja.

—¿Qué opina usted, Dieter? —preguntó ella.

—Tiene miedo. Le falta tranquilidad de conciencia.

—Pienso lo mismo. Y también otra cosa.

—Sí, Hilda.

—Sospecho los motivos de su estancia en Margopalast. Ha venido a buscar las joyas de la condesa. Como Hrimaldi, aunque a cara descubierta.

Hubo un momento de silencio. De pronto, llamaron a la puerta.

Katz giró en redondo y cruzó el vestíbulo. Abrió y se encontró frente a un rostro conocido.

—Hola —sonrió el recién llegado.

—Pase usted, señor Reinhardt —invitó el joven con grave acento.

* * *

—Me conoce usted —dijo Reinhardt segundos más tarde.

—Su rostro figura en el despacho de trabajo de la condesa, que ahora ocupo yo —aclaró Katz.

—Ya entiendo.

—¡Albrecht!

Los dos hombres se volvieron. El recién llegado se quitó su sombrero.

—Carol, ¿qué haces aquí? —exclamó.

Ella estaba en el piso superior, apoyada con ambas manos en la barandilla de piedra.

—Tenía ganas de ver Margopalast nuevamente —explicó Reinhardt, con la sonrisa en los labios.

—Estamos en el mismo caso —dijo Carol—. Yo me iré mañana por la mañana.

—Y yo también, preciosa. Pernoctaré aquí, con el permiso del señor conservador, por supuesto. —Reinhardt se volvió cortésmente hacia el aludido.

—Es usted muy dueño —respondió Katz, con no menor cortesía.

Carol descendió al vestíbulo. Katz cambió una mirada con Hilda. Los dos pensaban lo mismo.

—Ven, Albrecht, tomaremos una copa juntos en la biblioteca —sugirió Carol desenvueltamente.

Y se colgó del brazo del recién llegado, arrastrándolo hacia la estancia mencionada. Katz se acercó a la muchacha.

—¿Se imagina a qué han venido esos dos pájaros? —preguntó él a media voz. Hilda asintió.

—Son un par de embusteros. Margopalast no les interesa en absoluto —contestó.

—Sí, se trata de las joyas, pero ¿dónde están?

Hubo un momento de silencio. Luego, Katz dijo:

—Bien, será mejor que preparemos algo de cenar, ¿no le parece?

—De acuerdo, Dieter.

Durante la cena, Katz expresó sus temores acerca del posible asesinato de Carol. Reinhardt, rubicundo, jovial, se burló de las aprensiones del joven.

—Yo no tengo miedo a los fantasmas —dijo—. Y, hablando francamente, tampoco creo en la resurrección de la condesa. Si alguno intenta atacarme, lo pasará mal, créanme.

Y enseñó un revólver de descomunal tamaño, que sacó del interior de su chaqueta, agitándolo con gestos de ostentosa teatralidad.

Luego se volvió hacia Carol.

—Tú tampoco crees en los fantasmas, ¿verdad, querida? —añadió.

—El señor Katz y su secretaria me protegerán durante esta noche —contestó Carol con sonrisa en la que latía una leve ironía.

—No lo dude usted, señora —aseguró el joven.

Una hora más tarde, Hilda abrió la puerta del dormitorio de Carol y llamó:

—¡Dieter, ya puede venir!

Katz entró en la estancia. Carol estaba en la cama, sentada, con un libro en las manos, vestida con un camisón de turbadora transparencia.

—Pueden tomar asiento —invitó burlonamente.

—He preparado café —indicó Hilda.

—Yo no tomaré. Me desvela —manifestó Carol.

Sus ojos estaban fijos en los del joven. Hilda se volvía en aquel momento hacia la cafetera y Carol curvó los labios en el inequívoco gesto de un beso que le enviaba silenciosamente. Katz mantuvo su rostro impasible y se alegró de que Hilda estuviera presente.

«O esa vampiresa hubiera venido a por mí», pensó.

No le hubiera desagradado una aventurilla, pero estimaba que el lugar y las circunstancias no eran lo más apropiado para el caso.

* * *

El carillón del vestíbulo dio las doce de la noche.

La última campanada tardó largos segundos en extinguirse. Poco después, una puerta se abrió silenciosamente en el piso superior.

Reinhardt oteó el corredor unos instantes. Después, calzado con unas zapatillas de gruesa suela de goma, abandonó su dormitorio y se dirigió hacia la escalera.

Momentos más tarde, se hallaba en la cripta.

Paso a paso, se acercó al túmulo. Una burlona sonrisa apareció en sus labios.

—Duermes bien, maldita bruja —murmuró.

Contempló a la condesa durante unos instantes y luego se dispuso a descorrer los cerrojos que sujetaban la tapa acristalada del

féretro. Entonces sintió en la garganta unas manos de hielo.

—No la toques, miserable.

Reinhardt se debatió furiosamente. Pero había sido pillado por sorpresa y, pese a sus esfuerzos, no pudo libertarse de lo que parecía un dogal de acero en torno a su garganta.

Los dedos apretaban cada vez con más fuerza. Poco a poco, empezó a perder la noción de cuanto le rodeaba. Gorgoteos inhumanos se oyeron en el subterráneo.

Momentos más tarde, un cuerpo yacía sin vida sobre las frías losas del pavimento.

—Sólo yo tengo derecho a estar presente en el momento de su resurrección —dijo el homicida.

* * *

La cabeza de Hilda se dobló sobre su pecho. Katz la dejó dormitar unos minutos.

Carol dormía apaciblemente, casi boca arriba, con un brazo fuera del embozo. Katz encendió un cigarrillo y se sirvió una taza de café.

Antes de tomársela, probó la infusión con la punta de la lengua. No, no advertía ningún sabor extraño.

Hilda se estremeció de pronto y abrió los ojos.

—Perdón, me he dormido —musitó.

—Le serviré una taza de café —dijo Katz.

—No, no se moleste; ya lo haré yo misma.

Hilda tomó el café. Luego se sentó y, sin poder contenerse, bostezó aparatosamente.

—Lo siento —dijo, sonriendo.

—No se disculpe, es lógico —contestó el joven. Transcurrieron unos minutos. La luz se apagó de pronto. Katz se puso rígido.

—Una vela —exclamó la muchacha.

—No grite —indicó él.

Katz sacó su encendedor y se acercó a un candelabro situado sobre una consola. Encendió un par de velas y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó ella en voz baja.

—He de revisar los fusibles. Habrán saltado…

—Espere a que se haga de día. No me deje sola —suplicó Hilda. Katz dudó un momento, pero acabó por asentir.

—Quizá se trata solamente de una avería momentánea en el tendido de suministro de luz —opinó.

—Aquí estamos mejor —insistió la muchacha.

Transcurrió un minuto. De pronto, Katz se dio cuenta de que las velas despedían un extraño humo.

Volutas de color verdoso azulado brotaban de la parte superior de las llamas. Un extraño olor invadió el dormitorio.

Katz se irguió frenéticamente.

—Hilda…

Pero casi en el mismo instante se sintió invadido por una extraña debilidad y tuvo que sentarse. Luchó con desesperación contra la impotencia que se apoderaba de él gradualmente, aunque pronto comprendió que todo era inútil y que debía rendirse.

Sin embargo, no se durmió por completo.

Estaba despierto, aunque incapaz de moverse en absoluto. Ni siquiera podía volver la cabeza, por lo que no pudo apreciar que Hilda se hallaba en las mismas condiciones. Estaba sentado frente a la cama y veía a Carol perfectamente, aunque a través de una especie de niebla que difuminaba los contornos de las cosas.

De pronto, vio que el rostro de Carol empezaba a borrarse. Gritó.

Pero no salía ningún sonido de su garganta. Era solamente la sensación subjetiva de gritar para advertir a Carol, sin que su gesto tuviese efectividad sonora.

Le pareció que Carol se debatía, pero veía todo cada vez más confuso. La niebla se espesaba gradualmente.

En el último instante, pudo ver que el rostro de Carol había desaparecido. Luego sobrevino la oscuridad.

CAPÍTULO X

Abrió los ojos y miró torpemente a su alrededor.

La cama de Carol estaba vacía. Los recuerdos de la noche afluyeron a su mente de modo brusco.

—Hilda —llamó.

La muchacha se agitó unas cuantas veces. Luego murmuró unas palabras difícilmente inteligibles.

Katz quiso ponerse en pie, pero las piernas no le respondían aún.

—Despierte, Hilda —gritó. La muchacha irguió la cabeza.

—Dieter —murmuró torpemente.

Katz hizo un tremendo esfuerzo y consiguió ponerse en pie. A trompicones, buscó el baño, mojó una toalla, se la pasó por la cara y luego regresó al dormitorio.

—Despierte, Hilda, despierte —dijo, a la vez que le salpicaba el rostro con el agua despedida por las sacudidas de la toalla.

La muchacha gimió.

—Oh, Dieter…, he tenido un sueño horrible…

—Creo que ha habido mucho de realidad en ese sueño, común a ambos, por otra parte.

Ella trató de penetrar en el significado de aquellas palabras. De repente, vio el lecho vacío y lanzó un grito:

—¡Carol no está; ha desaparecido!

—Exactamente —confirmó él, pasándose la toalla de nuevo por la cara—. Y se la han llevado en nuestras propias narices.

—Pero ¿cómo…? El café no estaba narcotizado; lo preparé yo misma —alegó Hilda.

—No fue el café. ¿Recuerda el apagón?

—Sí, es cierto. Usted encendió dos velas…

—Y despidieron un extraño humo, que nos atontó primero y luego acabó por dejarnos dormidos.

—Dieter, alguien provocó el apagón, sabiendo que

encenderíamos las velas —dijo la muchacha—. Fue una trampa deliberada.

—Efectivamente, así fue.

Los ojos de Katz fueron hacia el candelabro. Una exclamación brotó de sus labios.

—Las velas, Hilda.

—¿Qué pasa, Dieter?

—Yo encendí dos, pero ahora están intactas. No hay la menor señal de que hayan ardido.

Hilda se puso en pie y se aproximó al candelabro.

—Apostaría algo a que ahora se podrían encender, sin el menor temor a sufrir los efectos del humo narcótico —dijo.

—Es muy probable —admitió él—. Y también…

Se acercó a la puerta y manejó el interruptor de la luz. La lámpara del techo se encendió inmediatamente.

—No cabe la menor duda: fue una trampa en la que caímos con absoluta ingenuidad —añadió preocupadamente.

La mano de Hilda se crispó de pronto sobre su brazo.

—Dieter, estoy por asegurar que Carol, ahora… se encuentra en… en la cripta…

Katz se estremeció.

—Sí —convino—. Vamos a ver.

Echaron a correr. A través de las ventanas se advertía la inminencia del nuevo día.

Katz estimó que habían dormido al menos cuatro horas. Pero no se hacía ilusión alguna sobre la suerte de Carol Maashrin.

Llegaron a la puerta. Las cortinas se hallaban descorridas.

Había cuatro cuerpos sentados en sendos sillones. Todos tenían una característica común: los rostros en blanco.

Carol aparecía en el tercer sillón a contar desde la izquierda. Todavía vestía el transparente camisón que había utilizado para dormir.

En el pecho, entre los senos, se veía un minúsculo orificio ahora negruzco, del que había brotado un delgadísimo hilo de sangre, que iba a perderse en su regazo. Katz se tambaleó, no sólo por la visión del cadáver de Carol, sino porque Reinhardt también había muerto.

Sin embargo, procuró mantener la serenidad. Algo extraño había en el cadáver de Reinhardt.

Se acercó, inclinándose un poco hacia adelante. Reinhardt también tenía el rostro en blanco, pero en su cuello aparecían unas grandes marcas violáceas, de inconfundible significado.

—A éste lo estrangularon —adivinó. Hilda lanzó un gemido.

—Me iré de aquí —dijo—. No quiero seguir en este horrible lugar. Katz la sujetó por un brazo.

—Hilda, no sé si obro bien o no, pero yo pienso quedarme. Me parece que es mi deber…, nuestro deber —añadió intencionadamente.

Hilda vaciló un momento, pero acabó por ceder, con un hondo suspiro.

—Sí, creo que tiene razón —contestó al cabo—. Pero… ahora que me acuerdo, Reinhardt no mencionó haber recibido la fotografía de advertencia.

Katz se volvió hacia el hueco y registró las ropas del aludido. A los pocos instantes, encontró una cartulina y se la enseñó a la muchacha.

—Sí, la recibió —dijo.

* * *

—Dieter, creo que deberíamos insistir en que el cabo Piver hiciese algo —dijo la muchacha, tras el desayuno—. Tenga en cuenta que ya son cuatro las muertes que se han producido.

—Y todavía quedan cuatro personas más, de las cuales, presumiblemente, quiere vengarse la condesa.

—Ella no es la asesina, Dieter.

Katz frunció el ceño.

—Creo haberle oído antes esa frase —dijo—. ¿Por qué está tan segura?

Hilda remoloneó.

—Bueno, la condesa está momificada, ¿no?

—No es la respuesta que yo aguardaba, pero la admitiré…, por el momento. Y luego me voy a dedicar a hacer algo que ya debía haber hecho casi desde el primer día.

—¿Qué es, Dieter?

—Buscar, al menos, un pasadizo secreto.

—Pero los planos no…

—Dejemos los planos a un lado. La condesa entró en mi habitación y, le aseguro, no lo hizo por la puerta.

—Lo soñó usted.

—No se burle de mí. Pude creer en un principio, que se trataba de una pesadilla, pero eso no es verdad. La condesa fue a visitarme a mi dormitorio. ¿O fue usted, vestida con el segundo traje funerario?

—¿Me cree capaz de una broma semejante? Oiga, no irá a decirme que la condesa abandona su ataúd por las noches, para darse un paseíto por el palacio.

—A mí no me extrañaría en absoluto —dijo Katz, muy serio—. Pero no debemos olvidar tampoco que usted vio en sueños una cara horrible.

—Fue realidad —protestó Hilda—. De veras, vi al hombre. Tenía el rostro como una de esas gárgolas de las catedrales, en las que se representaban animales mitológicos, con rostros de hombres caricaturizados en forma casi animal. A veces, el arquitecto se vengaba así de alguno de sus enemigos.

—Lo sé de sobra —rezongó él—. Pero me gustaría toparme con el hombre de cara gárgola para charlar con él un ratito.

Hilda se puso en pie.

—Dieter, hace unos minutos ha dicho algo de buscar un pasadizo secreto —le recordó.

—Los cacharros…

—Ya está la señora Ramcke.

—Podríamos preguntarle a ella.

—Sería inútil. Lisa sólo se ocupa de mantener limpio el palacio. Lo demás le tiene sin cuidado. Aunque le mencionara usted los cuatro asesinatos, se quedaría tan fresca.

Era muy posible, pensó Katz, mientras ascendía al piso superior. Lisa parecía de la clase de mujer que se pasa toda la vida, ocupándose exclusivamente de su propio trabajo. Quizá fuese en Fogger una chismosa, pero el sueldo que percibía por cuidar de la limpieza en Margopalast era bueno y no querría perderlo.

Entraron el dormitorio del joven. Hilda hizo una indicación:

—Dieter, sitúese en la cama. Procure recordar, lo más exactamente posible, el momento en que vio a la condesa por

primera vez.

Katz obedeció. Se tendió en la cama y apoyó la cabeza en la almohada.

—La habitación estaba a oscuras —dijo—. Claro que había algo de luz; quedaban brasas en la chimenea… Pero ahora me acuerdo —exclamó de pronto—. Ella pasó casi de repente por delante de la chimenea y, durante unos instantes, ocultó el resplandor de las brasas.

—¿Y después?

—Se acercó a la cama, se inclinó sobre mí… y me besó.

Hilda hizo un gesto irónico.

—Hombre afortunado —comentó—. De modo que pasó por delante de la chimenea…

—Sí, como si saliera de algún sitio situado a la derecha, visto desde la cama, claro. Ella se acercó a la chimenea y tocó la pared con los nudillos.

—Entonces, no cabe la menor duda: tuvo que salir por aquí — afirmó.

* * *

Katz saltó del lecho y se acercó al trozo de pared situado a la derecha de la chimenea. Golpeó fuertemente con los nudillos, pero no percibió el menor sonido a hueco.

—La pared puede ser muy gruesa —apuntó Hilda. El dormitorio era del recargado estilo rococó que había florecido en Baviera doscientos años antes. Los dedos de Katz tantearon pacientemente las abundantes molduras doradas de la pared.

En aquel lugar había un gran medallón ovalado, con el retrato de una dama, vestida a la usanza del siglo XVIII. El marco era una cornucopia dorada.

De repente, Hilda se sintió presa de una súbita inspiración.

—Tire del medallón, Dieter —exclamó.

Katz agarró el cuadro con ambas manos e hizo fuerza. De súbito se oyó un fuerte chasquido.

Una puerta se abrió en la pared, girando lentamente hacia adentro. Hilda palmoteo, gozosa:

—¡Lo hemos conseguido! —Adivinó.

—Usted —sonrió él—. Pero ¿cómo supuso que el medallón…?

—Me pareció demasiado sujeto —explicó ella—. Un cuadro de esas dimensiones suele colgar ordinariamente de un solo clavo. Está prácticamente pegado a la pared.

—Sí, es cierto.

Los ojos de Katz exploraron el túnel oscuro que se abría ante ellos. Había un pequeño rellano y luego una escalera de peldaños de piedra y ángulo bastante pronunciado. Pero no se podía ver el final.

—Hilda, un candelabro —pidió.

La muchacha lo trajo. Katz encendió las velas y acto seguido, sin perder ya más tiempo, iniciaron el descenso.

Tenían que bajar uno tras el otro. El pasadizo era muy estrecho, apenas si tenía sesenta centímetros de anchura, aunque el techo quedaba con la holgura suficiente para poder caminar sin inconvenientes.

—Dieter, ¿quién y por qué construiría este pasadizo? —preguntó la muchacha de pronto.

—Oh, quizá el primitivo dueño de Margopalast. Y si el pasadizo da a un dormitorio, puede imaginarse su objeto.

—Visitar directamente a una dama, sin que nadie se enterase.

—Las aventuras amorosas no son cosa que se hayan inventado los humanos en estos tiempos —contestó él socarronamente.

De repente, llegaron al final de la escalera.

Había allí una pequeña plazoleta, con tres túneles. Dieter e Hilda se quedaron perplejos.

—¿Cuál de ellos, Dieter? —preguntó.

—No tenemos prisa. Los exploraremos sucesivamente —contestó él.

Katz se adentró por el corredor de la izquierda. A los pocos momentos, divisaron un cuerpo humano colgado de la pared, por medio de una cadena, que le rodeaba la cintura.

Hilda lanzó un grito de terror. Katz se estremeció con fuerza.

—Dios mío —murmuró—. Es… Lüttel.

CAPÍTULO XI

Katz tardó unos minutos en sobreponerse a la impresión que le había causado el hallazgo. Empezaba a acostumbrarse a encontrar cadáveres de personas humanas, pero hallar el de alguien a quien creía ahogado, le había llenado de sorpresa y perplejidad.

Se acercó al cadáver. No, no cabía la menor duda; Lüttel estaba muerto.

—Pero ¿cómo pudo engañarme? —preguntó.

Hilda se había vuelto de espaldas, para no contemplar la horrible visión.

—Es Lüttel, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, Hilda.

—Usted dijo que había muerto ahogado en el Schwarzbach.

—Y lo hubiera jurado. Vi caer el coche al arroyo. Pero, claro, desde donde me encontraba, no podía distinguir si estaba o no ocupado.

—Eso significa que simuló el accidente para quedarse oculto aquí —supuso ella.

—Indudablemente.

—¿Con qué objeto? Katz emitió un gruñido.

—Hilda, pregunta usted demasiado —contestó, lleno de desazón.

—Lo siento. Sólo quiero conocer la verdad. Usted también. Lo dijo antes, ¿recuerda?

—Sí. Por favor, dispénseme, estoy un poco nervioso.

—Los dos lo estamos —suspiró Hilda, comprensiva—. ¿De qué ha muerto?

—Lo estrangularon. Una cuerda muy fina, según las marcas que se ven en su cuello.

—Muy bien. ¿Llamará ahora a Piver?

—Sí, he de hacerlo. Pero antes quiero seguir examinando el resto del pasadizo. Éste termina a pocos pasos en un muro

impenetrable.

Katz dio media vuelta y sonrió para dar ánimos a Hilda, que estaba muy pálida.

—Sigamos —dijo.

Reanudaron la marcha. En el corredor central encontraron un cajón con botellas y provisiones enlatadas. También había un camastro y unas mantas.

—Es indudable que Lüttel tenía previsto esconderse aquí —dijo Katz—. Desconocemos sus intenciones, pero quiso que se creyera en su muerte.

—Sí, parece indudable. Ahora bien, ¿cómo consiguió simular el accidente?

—Sencillo —explicó el joven—. El terreno hace un ligero desnivel en dirección al Schwarzbach. A Lüttel le bastó desfrenar el coche, dejando el cambio de marchas en punto neutro. La pendiente hizo el resto. Llovía demasiado para que desde la ventana se viera si el coche estaba ocupado o no.

—Lo que significa que quería ocultarse con algún fin nada honesto.

—Imagínese, Hilda.

—Sí, ya me supongo lo que buscaba Lüttel: las joyas de la condesa.

—En tantos años que estuvo aquí, ¿no se sintió capaz de hallarlas?

Hilda se encogió de hombros.

—No está vivo para explicarnos los motivos de su actitud de un modo completo. Pero su muerte me hace pensar que también hay otro hombre escondido en alguna parte.

—Allí —señaló él de pronto.

En el fondo del tercer pasadizo, se veía algo de luz.

* * *

Avanzaron temerosamente. A Katz no le sorprendió apenas encontrarse ocho sillones, cuatro de los cuales estaban ocupados por sendos cadáveres sin rostro.

Miró hacia el techo.

—Algo hace subir y bajar esta macabra instalación —dijo—. Aunque no comprendo qué objeto tiene.

Hilda sintió un escalofrío.

—Parece una primera fila para ver algo…

—La resurrección de la condesa.

—O la muerte.

—¿Pueden ver unos muertos que, además, no tienen ojos?

—Dieter, se me ocurre una cosa —dijo ella de pronto.

—¿Sí, Hilda?

—El primero que murió fue Hesse, hace ya varios días.

—Es cierto.

—Demasiado tiempo. No huele.

Katz comprendió el significado de aquellas palabras.

—Es cierto —dijo—. Debería estar corrompiéndose, pero…

De pronto, Hilda, que ya se sentía más animosa, se acercó a uno de los cadáveres.

—Eso que tienen en lugar de la cara, ¿es carne? —preguntó. Katz vaciló en la respuesta.

—A mí me lo pareció —dijo.

Dominando sus aprensiones, Hilda se acercó aún más al cadáver de Carol. Alargó la mano y rozó aquel rostro sin facciones con las yemas de los dedos.

—Parece carne, pero… —Se mordió los dedos—. Siento una terrible curiosidad, Dieter —añadió.

—¿Por qué?

—Esa cara sin rasgos es una máscara, simplemente. Debajo está el rostro auténtico.

—Pero parece…

—Los bordes de unión con el resto de la piel están muy bien conseguidos, aunque una cosa así también lo haría un buen maquillador de cine o televisión. Dieter, será una irreverencia, pero voy a levantar esa máscara —se decidió ella repentinamente.

—Espere, lo haré yo.

Dieter tanteó con los dedos. De pronto creyó encontrar una leve ranura e introdujo las uñas. Tiró hacia afuera.

Se oyó un leve sonido, como de tela al rasgarse. Katz dio otro tirón y arrancó la máscara.

Hilda lanzó un chillido espantoso.

Dieter, aterrado, retrocedió un par de pasos.

La visión era alucinante. Salvo los ojos, nada quedaba en el rostro de Carol.

Los huesos aparecían mondos, al descubierto. Sus dientes reían en una silenciosa mueca de burla de ultratumba.

El contraste resultaba aún más espantoso, cuando se veía la plena normalidad del resto de la cabeza, a partir del nacimiento del pelo, junto a las orejas y desde el inicio del mentón. Pero el rostro era sólo una horrible calavera con ojos… con unos enormes globos oculares, que parecían aún mayores al faltarles los párpados y las cejas.

Katz sintió una náusea. Dominando sus aprensiones, estiró las manos y tapó de nuevo con la máscara aquella horrorosa visión.

¿Dónde estaba la carne que faltaba?, se preguntó.

De repente, presintió que había todavía alguna habitación subterránea en alguna parte. En algún lugar secreto de Margopalast se realizaban diabólicos experimentos… ¿por quién?

—Dieter, volvamos arriba —suplicó Hilda—. Siento que me sucederá algo si continúo aquí por más tiempo.

—Sí, ahora nos volvemos —contestó él.

Y se preguntó por el mecanismo de ascenso y descenso de aquella plataforma donde había ocho sillones, destinados a otros tantos cadáveres humanos, de los cuales cuatro estaban ya ocupados.

Lo averiguaría, se propuso, todavía estremecido por el horror que le había causado la espeluznante visión contemplada tan sólo unos minutos antes.

* * *

—Voy a llamar a Fogger —anunció cuando estuvieron en la planta superior.

—¿Para qué? —preguntó Hilda.

—Conocemos ya el camino a los sótanos secretos. El escéptico cabo Piver debe convencerse de la realidad. Y tomar las medidas oportunas, aunque no le guste.

—¿Usted cree?

—Todo esto resulta demasiado complicado para él —aseguró Katz—. Por tanto, la mejor solución es despreocuparse de lo que sucede en Margopalast. Pero después de lo ocurrido, ya no podrá seguir pensando de ese modo. Tendrá que actuar… ¡o hacer que otros actúen!

—Sí, creo que tiene usted razón, Dieter.

—Voy al despacho. Mientras telefoneo, ¿querrá preparar una taza de café, por favor?

—Se la llevaré allí —indicó la muchacha.

Katz fue al despacho, levantó el teléfono y pidió a la central de Fogger que le diese comunicación con el cabo Piver.

—Tiene que venir a Margopalast, cabo —dijo el joven, apenas hubo percibido la voz del policía.

—¿Sucede algo nuevo, *Herr* Konservator?

—Será mejor que lo sepa cuando esté aquí, aunque, de todas formas, le anticiparé que el señor Lüttel no murió ahogado en el Schwarzbach como creíamos, sino… Bien, haga el favor de venir lo antes que pueda, se lo ruego.

—Está bien, señor conservador. Ahora he de asistir a un juicio ante el juez municipal como principal testigo. Iré a Margopalast apenas me haya despachado.

—Gracias, cabo.

Katz volvió el teléfono a la horquilla. Luego, con los ojos entrecerrados, meditó profundamente durante unos momentos.

De pronto, creyó haber hallado la solución, por lo menos, en parte. Buscó en una agenda que formaba parte de los libros de Margopalast y encontró un número telefónico.

—Señorita —pidió a la central—, comunicación urgente con el número 711807 de Munich. Avíseme en cuanto haya logrado el contacto telefónico.

—Bien, señor conservador.

Hilda entró cuando él terminaba de hablar.

—¿A quién llama en Munich? —preguntó, mientras servía el café.

—Al doctor Dubmeier.

—Ah, el cirujano que operó a la condesa.

—Exactamente.

Pasaron un par de minutos. De pronto, sonó el timbre del

teléfono.

—Soy Katz, conservador de Margopalast. ¿Es usted el doctor Dubmeier?

—En efecto. Pero yo tenía entendido que el conservador de Margopalast era otra persona.

—Ocupo el cargo desde hace una semana, aproximadamente —declaró el joven—. Deseo hacerle algunas preguntas, doctor.

—Sí, como usted guste. ¿De qué se trata?

—De la operación de cirugía estética que usted practicó a la condesa Von Djáronyi hará unos siete años.

—Ah, sí, lo recuerdo perfectamente. Una dama muy interesante y llena de vitalidad, a pesar de su avanzada edad. Bueno, en realidad, lo que yo hice es digamos trazar las líneas maestras de la operación y el plan de ejecución y convalecencia. Del resto se encargó mi ayudante principal el doctor Lukas Dittmar.

—Eso no lo sabía yo, doctor —murmuró Katz.

—Bueno, como comprenderá, no iba a permanecer ahí semanas enteras, hasta el total restablecimiento de la condesa. Tengo también otros clientes a los que debo atender, ¿comprende? El doctor Dittmar se quedó… y al poco tiempo me escribió, renunciando al puesto que tenía en mi clínica. La verdad, me disgustó mucho, porque era un hombre de valor. Y, además, con unas teorías científicas muy avanzadas. Pero, claro, no podía forzar su voluntad.

—Lógico, doctor. ¿Puede decirme dónde vive ahora el doctor Dittmar?

—Lo siento. A partir de aquella carta, en que me anunciaba su despedida, ya no he vuelto a tener noticias suyas —respondió Dubmeier.

CAPÍTULO XII

El cabo Piver se apeó de su bicicleta y llamó a la puerta del palacio. Hilda en persona acudió a abrirle.

—Buenos días, cabo —saludó la muchacha cortésmente—. El señor conservador está en su despacho. Iré a avisarle ahora mismo.

—Gracias, señorita —Piver sonrió—. ¡Qué parecido tan extraordinario tiene usted con la señora condesa! —exclamó.

—Es una simple casualidad, cabo. Aguarde un momento, por favor.

Katz salió de su despacho momentos más tarde. Estrechó la mano de Piver y le dijo que debían subir al piso superior.

—Por cierto, cabo —dijo, mientras acometían los primeros peldaños de la escalera—. ¿Estaba usted en Fogger en los días en que la condesa se hizo operar el rostro?

—Sí, claro, aunque entonces era un simple guardia.

—¿Conoció usted a los médicos que la atendieron?

—Les vi un par de veces. El doctor Dubmeier y su ayudante, doctor Dittmar.

—¿Qué aspecto tenía Dittmar?

—Oh, era un hombre apuesto y arrogante, más o menos como usted.

Hilda soltó una risita. Katz la miró furiosamente.

—Sí, parecía un actor de cine, aunque, en aquella época, yo diría que andaba por los treinta y cinco años, es decir, cinco años más que usted —siguió el policía—. Tenía el rostro y la figura que uno querría tener para seducir a todas las mujeres. Con perdón de la señorita Uttax.

—Está usted perdonado, cabo —dijo Hilda riendo suavemente.

Katz se quedó preocupado. Había llegado a pensar en una posibilidad, respecto a Dittmar, pero las declaraciones de Piver echaban abajo su teoría.

Llegaron al dormitorio. Katz dijo:

—Ahora, cabo, le enseñaré la entrada del pasadizo por medio del cual se llega al lugar donde está el cadáver de Lüttel, ahogado, sí, pero no por el agua, sino por medio de una cuerda en torno al cuello —dijo sensacionalmente.

Y agarró el medallón con ambas manos pero no ocurrió nada. Frunció el ceño. Tomó aire y redobló los esfuerzos. Súbitamente, se oyó un sonoro chasquido.

Katz se tambaleó y estuvo a punto de caer. Hilda le puso una mano en la espalda para ayudarle a mantener el equilibrio.

Con ojos estupefactos, Katz contempló el medallón que había sido arrancado de la pared y que ahora estaba en sus manos.

—Pero…

De súbito, dejó el medallón a un lado y golpeó el muro con los puños.

—¡Está ahí, al otro lado del muro! —gritó descompuestamente—. Hilda y yo pasamos a través de la puerta secreta y vimos su cadáver…

—Dieter —llamó ella.

Katz trató de recobrar la compostura y se volvió.

Piver sonreía socarronamente. Katz miró a la muchacha. Ella le hizo un rápido guiño.

—Lo siento, cabo —dijo a la vez que se pasaba una mano por la frente—. No sé qué me ocurre. Tal vez se trató de una pesadilla, que yo he tomado por la realidad.

—Es lo más probable, *Herr* Konservator —concordó Piver con acento cortés—. Pero no debe preocuparse; mi obligación es atender a todos los ciudadanos de mi demarcación… aunque sea en sus pesadillas.

Las últimas palabras tenían un tonillo burlón, que no pasó desapercibido al joven. Sin embargo, trató de no hacer caso y compuso una sonrisa de circunstancias.

—Le invito a una copa, cabo —dijo.

—Acepto con mucho gusto, señor Katz.

Piver se fue minutos más tarde. Katz y la muchacha quedaron solos nuevamente.

* * *

Katz se sentía furioso y tomó una segunda copa, para pasar mejor el disgusto.

—Cuidado —avisó Hilda—. No se exceda en el licor.

—No se preocupe —contestó él malhumoradamente—. Pero ¿por qué diablos no funcionó la puerta secreta?

—Alguien se dio cuenta de que habíamos estado en el subterráneo y, después de volver arriba nosotros, bloqueó el mecanismo. No debió de resultar una tarea demasiado difícil, Dieter.

Katz hizo un gesto de asentimiento.

—Es la mejor explicación posible —convino.

—Por eso le hice un guiño —agregó Hilda—. Piver se hubiera convencido plenamente de haber podido llegar al subterráneo, pero en vista de que resultaba imposible, no valía la pena insistir. Se siente muy escéptico con respecto a todo lo que sucede aquí y, no pudiendo demostrarlo plenamente, es mejor dejarlo correr.

—Sí, tiene usted razón. Pero el asesino sigue aquí dentro… y dispuesto a continuar sus crímenes. Dese cuenta, Hilda; todavía quedan cuatro socios vivos y están condenados a muerte.

—¿Por qué no intenta comunicarse con ellos y advertirles de la situación? En alguna parte del despacho deben de estar sus direcciones, supongo. Hable con los supervivientes; tal vez alguno le dé detalles que puedan resultarnos útiles más adelante.

—Es una buena idea —aceptó Katz—. Pero también sospecho otra cosa.

—Dígame, Dieter.

—Dubmeier ha manifestado que su ayudante se quedó en Margopalast tras la operación. Ha dicho también que Dittmar tenía unas teorías científicas muy avanzadas.

—¿Sobre la resurrección?

—No ha puntualizado, aunque sospecho que se trata de eso. Bien, Dittmar era un hombre joven y apuesto. La condesa iba a recobrar su juventud, cuando menos en la cara y en las manos. Cabe que se enamorase de él.

Hilda se quedó muy pensativa.

—Es probable —murmuró.

—Y si las teorías de Dittmar estaban relacionadas con la resurrección, todavía toma más fuerza mi hipótesis del

enamoramiento de la condesa. Margo pensaba resucitar hermosa, pero, sobre todo, joven. ¿Qué más podía ambicionar, si no encontrar a su regreso a este mundo a un hombre joven y atractivo?

—Pero esa hipótesis tiene un serio inconveniente, Dieter —alegó la muchacha.

—¿Sí, Hilda?

—Suponiendo que Dittmar se hubiera quedado en Margopalast, le debió de ocurrir algo que ignoramos todavía. De una cosa estoy segura, Dieter: el hombre que se inclinó sobre mí aquella noche no era el doctor Dittmar.

—Según su descripción fisonómica, así tiene que ser. Ese individuo no tenía nada de guapo, creo.

—Su cara era horrible —calificó ella, tajante.

—No lo dudo, puesto que usted lo afirma. Pero ¿dónde está ese sujeto?

Ella le señaló el teléfono.

—Por el momento, no lo sabemos —dijo—. Pero será mejor que empiece a hablar con los otros socios.

Hilda abandonó el despacho. Aún había lugares en Margopalast que no habían sido revisados a conciencia. Los planos auténticos, estimaba, debían aparecer un momento u otro.

Una hora más tarde, Katz se reunió con la muchacha.

—He conseguido hablar con dos de ellos —dijo.

—¿Quiénes?

—Hans Begenau y Joseph Wahren. Respecto a Simpson, quien reside en Inglaterra, he sabido que abandonó su domicilio y que nadie sabe dónde se encuentra actualmente. Parece ser que se escondió, para evitar enfrentarse con la justicia, a causa de algún asunto ilegal. Queda el francés, Villod, pero murió hace algunas semanas, en un accidente de automóvil.

—Dos vivos, uno muerto y otro en ignorado paradero —recitó Hilda—. ¿Qué dicen los vivos? —preguntó.

—Coinciden en sus declaraciones: tuvieron una mínima parte en el negocio y lo abandonaron cuando estimaron que no podría rendirles lo suficiente.

—¿Qué negocio, Dieter?

—Venta de joyas. Por lo visto, Margo quería más porcentaje del que ellos estaban dispuestos a concederle, como comisión por sus

servicios.

—¿Han recibido la fotografía clásica, con sus rostros borrados?

—No. De todas formas, por teléfono no he querido ser más explícito. Solamente les he dicho que si vienen a Margopalast se entrevisten conmigo antes que con nadie.

—Muy bien hecho —aprobó Hilda—. Oiga, se me ocurre que la condesa debió de traerse de Hungría una cantidad fabulosa de joyas.

—Eso parece, pero ahora a mí me preocupan los cuatro sillones vacíos. ¿Quién tiene interés en conseguir que se ocupen por otros tantos cadáveres?

Pero aquélla era una pregunta cuya respuesta no encontraba ninguno de los dos, por el momento.

* * *

Hacía rato que Hilda se había acostado, aunque estaba despierta, sentada en el lecho, con un libro en las manos.

Sentíase desvelada y un tanto nerviosa. De pronto, cuando ya llevaba un par de horas en el dormitorio, creyó oír un ruidito en los bajos del edificio.

El miedo puso un nudo en la garganta. Corrió hacia la puerta y se aseguró de que había dado doble vuelta a la llave.

Miró con aprensión a los dos candelabros que había sobre la chimenea. Si se producía un apagón, no encendería las velas.

De pronto, creyó oír otro ruido, en un lugar distinto. Apagó la luz y se levantó de nuevo.

Pegó la frente a los cristales de la ventana. La luna asomó de repente por un rasgón de las nubes.

Una escena singular se ofreció de pronto a los ojos de la joven.

La condesa se paseaba lentamente por la explanada anterior. Y no estaba sola.

Junto a ella, se divisaba a un hombre alto, robusto, de anchos hombros, quien ofrecía el brazo a la condesa. Era evidente que Margo se encontraba aún con ciertas dificultades para caminar.

Al cabo de unos momentos, iniciaron el regreso al palacio.

Ahora venían de frente. Hilda pudo distinguir sus rostros con

todo detalle.

Apretó los labios. El hombre que iba junto a la condesa era el mismo sujeto de cara de gárgola a quien ella había visto noches atrás.

CAPÍTULO XIII

—Ya no cabe la menor duda —dijo Katz a la mañana siguiente— la condesa consiguió sus deseos.

—Resucitó —se estremeció Hilda.

—Exactamente.

—Pero… he notado que camina muy despacio.

—Además de resucitar, está en período de rejuvenecimiento.

Hilda se mordió los labios.

—¿Quién ha conseguido ese milagro? —murmuró.

—No hay milagro en este caso, sino ciencia. La ciencia del doctor Dittmar.

—¿Dittmar? El hombre que iba junto a ella tenía un aspecto horrible, Dieter —exclamó la muchacha—. No puede ser Dittmar, no, en absoluto.

—Entonces, ¿quién es?

—Para mí, hay otras dudas casi tan importantes como la de averiguar la personalidad de este sujeto. ¿Dónde ha vivido durante estos siete años? Y, ¿cómo se las ha arreglado para sobrevivir, quiero decir, alimentarse, sin que nadie lo supiera? Porque un hombre vivo necesita comer, Dieter, sin hablar ya de otras necesidades, ropas y zapatos por ejemplo… Y, ¿en qué lugar del castillo ha residido durante todo este tiempo?

—Pregunta usted demasiado —contestó él malhumoradamente —. Y no conseguiremos saber nada, sino hasta que él nos lo diga en persona.

—¿Cómo piensa conseguirlo, Dieter?

—Velando de nuevo, toda la noche próxima.

—Le narcotizarán, como la vez anterior.

—Esta vez, tomaré mis precauciones. No habrá café con narcótico ni velas traicioneras.

Hilda se estremeció.

—Yo no me quedaré sola en la habitación —dijo.

—¿Se siente curiosa? —Sonrió Katz.

—Terriblemente curiosa.

—Está bien, velaremos los dos.

—Dieter, sin embargo, tengo una duda.

—¿Qué le ocurre, Hilda?

—Si estamos delante del ataúd, quizá la condesa no se levante.

—Podemos escondernos —sugirió él.

—¿Dónde?

—No sé, ya pensaré algo. Todavía faltan muchas horas. Pero hay algo que me gustaría saber con certeza.

—¿Qué es Dieter?

—Las razones de su extraordinario parecido con la condesa.

—Casualidad…

—A mí me parece que hay algo más que casualidad, Hilda.

Ella se ruborizó intensamente. Katz se afirmó en su convicción de que Hilda era el heredero que nunca había aparecido.

Un heredero femenino, por supuesto, y no sólo de bienes materiales, sino corporales, como lo demostraba el extraordinario parecido entre las dos mujeres y que, estaba firmemente convencido de ello, no podía deberse a otra cosa que a herencia genética.

—Creo que es hora de que empiece a preparar el almuerzo —dijo la muchacha, rompiendo el silencio en que habían caído, después de las últimas palabras de Katz.

—Sí, es hora —contestó él con voz neutra.

* * *

A gatas, Katz tanteaba el suelo con un martillito. Hilda lo encontró en aquella postura a las nueve de la noche, cuando bajó a la cripta.

—¿Qué hace? —preguntó, vivamente sorprendida.

De pronto, Katz se detuvo a escuchar. Repitió dos veces los golpes y sonrió.

—Aquí está —dijo.

—¿Qué es lo que está ahí? —inquirió ella, notablemente intrigada.

—Esta losa. Tiene la amplitud suficiente para que por ella pueda pasar una persona. Suena a hueco.

—Oh —murmuró Hilda.

—La noche que velé en la cripta, tomé dos tazas de café. Estaba sentado en este mismo lugar. Alguien levantó la losa, vio que yo estaba distraído, contemplando el féretro, y puso el narcótico en mi cafetera. Luego, cuando me vio dormido, me llevó en brazos a mi habitación.

—Un hombre robusto, indudablemente.

—El doctor Dittmar lo era.

Hilda volvió los ojos hacia el féretro.

—Esta noche la veremos levantarse —musitó.

—Sí, y yo tengo el sitio elegido. ¿Ha hecho lo que le indiqué antes?

Ella asintió.

—A menos que se acerque a la cama y empiece a tocar, si mira desde unos pasos de distancia, verá el bulto de una persona. Y ahora, vamos a situarnos detrás de aquella columna.

—No es demasiado buen escondite —se quejó Hilda.

—El mejor de que podemos disponer en estos momentos. Además, queda en sentido contrario a la trampilla del suelo: es decir, la losa misma nos ocultará cuando Dittmar salga para despertar a la condesa y hacerle dar su paseo cotidiano.

—¿Dittmar? ¿Está seguro?

—No puede ser otro. Quizá el rostro que usted vio fue una máscara.

—Es probable —admitió ella—. La luz era muy escasa y no se prestaba a apreciar demasiados detalles secundarios.

El tiempo se les hizo inacabable. A través de la puerta abierta de la cripta les llegaban regularmente las campanadas del carillón del vestíbulo.

De pronto, se oyeron unos pasos en la parte superior. Katz se puso rígido. ¿Quién había entrado en Margopalast?

Un hombre descendió lentamente los escalones. Caminaba con grandes precauciones y llevaba en la mano una pistola.

El individuo llegó a las inmediaciones del féretro y suspiró aliviado. Guardó la pistola, sonriendo, mientras se inclinaba sobre el cristal.

—Hola, vieja avara —dijo—. Te dejaron muy guapa, pero sólo de cara. Y, además, estás muerta. ¿Creíste, acaso, las historias de aquel estúpido de Dittmar?

Ocultos tras la columna, Katz e Hilda cambiaron una mirada. Ambos habían reconocido al recién llegado. Era Simpson, el inglés.

La aparición del sujeto resultaba sorprendente. Sin embargo, Katz confiaba en que Simpson acabaría por darles las explicaciones convenientes.

El inglés se inclinó y empezó a tantear con las manos en la base del féretro. Apenas había empezado a hacerlo, se oyó una voz como de ultratumba:

—Simpson, ¿has venido a morir?

* * *

Katz y la muchacha se quedaron estupefactos. ¿De dónde surgía la voz misteriosa?

Simpson se irguió y miró a su alrededor.

—¿Quién eres? —preguntó, a la vez que sacaba su pistola.

—Vuélvete. Mira bien, mira con los ojos muy abiertos porque vas a ver lo que serás tú dentro de unos minutos.

El inglés obedeció.

Un grito de terror escapó de sus labios.

Hilda se metió una mano en la boca, para no lanzar un alarido de pánico. Las cortinas se habían descorrido y los cuatro cadáveres aparecían visibles en el hueco, pero sin la máscara blanca, con los rostros completamente descarnados, salvo los ojos.

Simpson volvió a chillar. De súbito, acometido por un pánico espantoso, dio media vuelta y se lanzó a escape, en busca de la salida.

Katz se separó de la columna, pero casi en el mismo instante, volvió a esconderse. Simpson bajaba de nuevo, ahora caminando hacia atrás, con el terror retratado en sus facciones.

Tenía la pistola en la mano, pero parecía haberse olvidado por completo del arma. Un hombre descendía también por la escalera, portando en sus manos un objeto de forma ovalada y color blanco, levemente rosado.

De súbito, Simpson se acordó del arma. Alzó la mano y disparó.

La detonación resonó estruendosamente en la cripta. El hombre lanzó una ruidosa carcajada.

—Sigue, sigue —invitó.

Simpson hizo fuego hasta consumir la carga del arma. Pero el otro continuó en pie, impávido, sin dar muestras de sufrir los efectos de los proyectiles.

«Un chaleco blindado», pensó Katz.

La pistola se desprendió de unos dedos sin fuerza. Súbitamente, el recién llegado se arrojó contra Simpson y le puso aquel objeto ovalado sobre el rostro.

El inglés se debatió. Su adversario, sin embargo, era considerablemente más robusto. Con una mano le sujetaba por la cintura, mientras que con la otra oprimía aquella cosa blanca sobre su cara.

Katz se creyó en el deber de intervenir Era hora de pasar a la acción. De pronto, Simpson se desplomó al suelo sin sentido.

Katz pensó que la máscara debía de tener en su interior alguna sustancia narcótica. Pero si Simpson la tenía aplicada mucho rato sobre su rostro, acabaría por perecer asfixiado.

Arrodillado, el hombre de la cara de gárgola, seguía manteniendo la máscara oprimida contra el rostro de Simpson. Katz abandonó su escondite y se lanzó sobre el sujeto.

Hilda chilló, sin poder contenerse. El hombre oyó el grito y, sorprendido, se volvió, abandonando por un instante a su presa.

Katz cargó sobre él con el hombro, en el momento en que se incorporaba, derribándole de nuevo. Pero el otro era muy fuerte y volvió a levantarse en el acto.

Sin embargo, había perdido la iniciativa. Katz consiguió colocarle un tremendo derechazo en el mentón y lo dejó inconsciente en el acto.

Katz corrió hacia el inglés y le quitó la máscara. Las facciones de Simpson aparecían amoratadas, con los primeros síntomas de asfixia. Pero respiraba y se recobraría pronto, pensó el joven.

Luego se acercó al caído. Hilda había salido también de su escondite y contempló la escena, presa de una invencible curiosidad.

Katz sintió una sospecha y trató de confirmarla. Las yemas de

sus dedos se pasearon por el rostro del caído.

De pronto, agarró la nariz y tiró con fuerza.

Era una máscara. Debajo había un rostro humano.

Hilda gritó, espeluznada. Las facciones que habían surgido tenían un aspecto mucho más horrible: estaban llenas de grandes cicatrices y, en algunos puntos, tremendos huecos, de tal modo que casi se transparentaba el hueso a través de la piel.

Katz se puso en pie, tremendamente desconcertado.

—¿Qué sucede aquí? —exclamó. Repentinamente, se oyeron varios golpes seguidos. Procedían del ataúd. Hilda miró hacia allí y vio una de las manos de la condesa que golpeaba la tapa de vidrio.

—Abra, Dieter, abra —gritó.

CAPÍTULO XIV

Katz descorrió los cerrojos y levantó la tapa de cristal. Un hondo suspiro brotó del pecho de la condesa, cuyos ojos aparecían entornados.

De pronto sonrió.

—Amor mío, al fin estás aquí —dijo.

—Condesa…

Ella hizo un esfuerzo. Katz se precipitó a ayudarla.

Hilda se sentía mareada. ¿Cómo era posible que una mujer muerta siete años antes pudiera volver a la vida?

¿O quizá no había muerto?, se preguntó.

Ayudada por Katz, Margo von Djáronyi consiguió salir del ataúd. Hilda observó que la condesa miraba al joven con expresión arrobada.

—Estás aquí, conmigo —dijo ella—. ¡Qué feliz me siento, amor mío! Pronto estaré bien, completamente restablecida, joven de nuevo… para ti, querido.

Katz carraspeó.

—Condesa, yo… yo no soy el que usted cree —dijo—. Me llamo Dieter Katz.

Margo pareció sorprenderse de aquellas palabras.

—Lukas, ¿por qué tratas de engañarme? —dijo—. No te burles de mí, te lo suplico. El joven creyó comprender lo que pasaba por la mente de Margo.

—Condesa, yo no soy el doctor Dittmar —respondió.

—Pero… —Margo se sentía desconcertada—. ¿Qué hacen esos hombres ahí? —exclamó—. Y esa muchacha tan parecida…

—Sospecho que se trata de su nieta, condesa.

—Así es —confirmó Hilda—. Soy la hija de Peter Uttax, casado con Adela von Djáronyi, y a quien usted dejó de considerar como hija; al contrario, era un matrimonio que no resultó de su agrado.

—Peter era un bandido.

—*Es* mi padre —dijo Hilda, resuelta.

Margo pareció sentirse de pronto muy afligida.

—Tu madre fue siempre una rebelde —se lamentó.

—Tenía derecho a ser feliz, y lo fue y sigue siéndolo, abuela.

—¡No me llames abuela! Tú no eres… Yo no soy tan vieja; soy joven como tú.

—Sólo de rostro, señora —terció Katz.

Margo sonrió burlonamente.

—¿De veras lo crees así? —dijo.

Y, de pronto, llevó las manos al cierre del vestido, lo soltó, y agitando los hombros ligeramente, hizo que la prenda cayera al suelo.

Debajo del pesado vestido funerario había una especie de túnica casi completamente transparente, de un tejido finísimo. Atónito, Katz pudo apreciar un cuerpo de diosa bajo la túnica.

—Increíble —dijo—. Dittmar consiguió rejuvenecerla.

—Así es —confirmó el interpelado.

Katz se volvió. Dittmar había cubierto su rostro nuevamente, con la máscara de gárgola.

* * *

—La condesa me dijo que sentía horror a la oscuridad de la muerte —explicó Dittmar, ya en pie—. Yo había hecho profundos estudios sobre soluciones a base de células humanas, regeneradoras de las consumidas por la simple acción de la edad. Margo no murió realmente aunque sí se simuló su muerte y posterior momificación. Entonces yo inicié mis trabajos.

—Pero su cara…

—En el rostro se encuentran las células más activas. Tuve que sacrificar mis propias facciones, para conseguir el rejuvenecimiento de la condesa y no fue una cosa fácil ni rápida.

—Entonces… tú eres Lukas —dijo Margo.

—Sí —admitió el médico de mala gana.

Margo se le acercó y tomó su cara con las manos.

—Te sacrificaste por mí —dijo.

—Me había enamorado de ti cuando te vi con la cara restaurada. Quise que fueras joven nuevamente.

—Y lo has conseguido —dijo Margo, sonriendo dulcemente.

—Pero también a costa de algunos crímenes —terció Katz. Margo se volvió hacia él.

—¿Sí? —murmuró.

—Vuelva la cabeza, condesa —indicó el joven.

Margo miró en aquella dirección, pero no pareció inmutarse demasiado.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Los que te traicionaron, Margo —contestó Dittmar.

—De cuyos rostros, seguramente, extrajo usted tejidos suficientes para elaborar sus soluciones de células rejuvenecedoras —adivinó Katz.

—Así fue. Resultaron útiles después de muertos. Yo… yo ya no podía darle más de mi cara. Esperaba que la piel que me quitaba se regenerase, pero hubo un momento en que ya acabó todo.

—Y tuvo que recurrir a los demás.

—Sí —confirmó Dittmar, implacable—. A fin de cuentas, ellos la traicionaron. Debían morir.

—¿Qué clase de traición?

—La engañaron con la venta de las joyas.

—¿Todas?

Dittmar vaciló.

—Diría que todavía quedan algunas bajo el ataúd —sonrió Katz —. ¿Quién es el que dijo que a la condesa le gustaba dormir sobre la riqueza?

—En todo caso, esas joyas servían para los gastos que la operación comportaba inevitablemente —declaró el médico.

—Pero usted los asesinaba, con una aguja grande.

—Extraía parte de su sangre, antes de que se coagulase. Morían por asfixia —dijo Dittmar fríamente—. Necesitaba también algo de sangre.

—Claro, usted había dado ya mucha —comentó Katz burlonamente—. Pero no le convenía que nosotros investigáramos. Tal vez por eso nos narcotizó en más de una ocasión; el café, las velas…

—Sólo quería que Margo terminase su proceso de

rejuvenecimiento —manifestó Dittmar—. Aún no lo ha terminado; se necesita mucho más tiempo.

—Lleva siete años. A este paso, necesitará tantos como tiene —dijo Katz con cáustico acento.

—No se burle. He hecho un descubrimiento sensacional. Los músculos de Margo están todavía un poco torpes y se fatiga al andar. Pero dentro de un año se encontrará absolutamente en las mismas condiciones que su nieta.

Katz fijó los ojos en la condesa, que sonreía satisfecha de su figura, apenas velada por la túnica de gasa.

—Así es, y ahora que sé lo que Lukas ha hecho por mí, no me importa su rostro. Cuando pueda salir y moverme libremente, iremos a ver al doctor Dubmeier; le devolverá la varonil belleza de sus facciones.

—Usted me confundió con él…

—Se parecen bastante. A veces, mi mente se siente todavía un poco embotada —explicó Margo.

—Entonces, no hubo muerte —dijo Hilda.

—Sólo catalepsia —contestó Dittmar—. Provocada, por supuesto, ante la inminencia de la muerte.

—Debe de ser usted un científico de primera —observó Katz—. Ha conseguido unos resultados increíbles en… ¿dónde está su laboratorio?

—Aquí debajo. —Dittmar pateó el suelo—. Figura en los planos, no en los que Lüttel le entregó a usted, claro, sino en los originales.

—Ah, Lüttel —dijo Katz—. Un tipo muy original, que supo simular su muerte y al que usted estranguló.

—Sé que fingió su muerte. Empezaba a cansarse y aspiraba al botín. Además, se había enamorado de la condesa. —Dittmar avanzó hacia Margo y rodeó sus hombros con gesto posesivo—. Ella es mía y sólo mía —añadió fríamente.

Ninguno de los dos estaba en su sano juicio, pensó Katz. Un hombre de cuarenta años o poco más, enamorado de una mujer de ochenta y siete con el rostro y la silueta de una chiquilla.

—Pero su máscara… Es horrible —dijo.

—Lo sé. Asustaba mucho a la gente. Me convenía.

—Le gustaba hacerles pasar miedo antes de asesinarlos. Incluso les enviaba fotografías con sus rostros borrados y también los

borraba en el cuadro que pintó la condesa.

—Se lo merecían —exclamó Dittmar con salvaje acento de odio —. Volvería a repetirlo mil veces, ¿me oye?

—¿Fue usted el que me puso en el ataúd? —preguntó Hilda de pronto.

—No. Lo hizo Lüttel. Vio el féretro vacío y creyó que nos habíamos marchado. No quería perder a la condesa y por eso la puso a usted en su sitio. Me lo explicó antes de morir.

«Otro chiflado», pensó Katz.

—Entonces —dijo en voz alta—, Lüttel averiguó la existencia de Hilda y le propuso el puesto de secretaria.

—Sí. No se fiaba demasiado de mis habilidades. Hizo un viaje a Wuppertal, la vio, sin que ella lo advirtiese, y luego la escribió, ofreciéndole el puesto.

De repente, se oyó una voz intimidatoria:

—Será mejor que levanten las manos.

Katz se volvió. Simpson estaba en pie, con la pistola en la mano.

—Está descargada —dijo la joven. Simpson se echó a reír.

—Alguien ha olvidado que se puede tener un cargador de repuesto —contestó—. Y en ese ataúd hay unas joyas que valen una fortuna. Vamos, apártense a un lado.

Hubo una pequeña pausa. De súbito, Dittmar, lanzando un rugido, se arrojó contra el inglés.

Estalló un disparo. La bala alcanzó a Dittmar en la garganta, de la que brotó en el acto un caño de sangre.

Margo lanzó un horrible alarido. Dittmar, sin embargo, no cayó y continuó forcejeando. La pistola se disparó de nuevo.

Se oyó un agudo gemido. Margo se llevó las manos al pecho, en cuyo centro había aparecido repentinamente una mancha roja.

Dittmar cayó. Simpson parecía aturdido de lo que había hecho y Katz se aprovechó de la ocasión para desarmarle de una patada en la muñeca. Luego le golpeó de nuevo, dejándolo sin sentido por segunda vez.

Hilda contemplaba la escena con ojos desorbitados por el horror. Margo se había acercado al ataúd y se apoyaba en él, con una mano.

—Ayúdame… quiero volver… aquí —dijo con voz entrecortada. Katz la ayudó a tenderse. Margo le dirigió una última sonrisa.

—Adiós… amor mío… ahora… para siempre.

Lanzó un hondo suspiro, cerró los ojos y se quedó quieta. Hilda lloraba. Katz fue hacia ella y la empujó suavemente.

—Sube arriba, por favor.

Ella obedeció. Katz se acercó al ataúd y buscó la muñeca izquierda de Margo.

Ya no había pulso. Bajó la tapa del féretro y pasó los cerrojos. Luego reparó en el inconsciente Simpson.

Los cordones de la cortina servirían para atarlo, hasta que llegase el cabo Piver, pensó.

* * *

—Las joyas estaban en el ataúd —dijo Katz—. Ahora, pertenecen a tus padres, como Margopalast.

—Hubiera querido que ella viviese —murmuró Hilda.

—Quizá haya sido mejor así. Se hubiese visto envuelta en terribles complicaciones. No olvidemos que se cometieron cinco asesinatos. Es probable que la hubieran acusado de complicidad. Para ella hubiera representado un duro golpe.

—Pero era inocente…

—No lo sabemos, Hilda. No me alegro de su muerte, como puedes comprender, aunque estimo que tal vez haya sido la mejor solución.

—Dittmar estaba locamente enamorado de ella.

—Un sentimiento digno y honrado, torcido por los crímenes que cometió. Sus estudios científicos no justifican en absoluto esos asesinatos y, vamos, un engaño en un asunto de ventas de joyas, no es cosa que merezca la muerte.

Hilda asintió, suspirando.

—Creo que me iré una temporada —dijo—. ¿Seguirás en Margopalast?

—Si tus padres me confirman en el cargo…

—La heredera soy yo, según el testamento —sonrió Hilda.

—Oh, —murmuró él—. Bueno, la decisión es tuya. Hilda puso su mano sobre la del joven.

—Quédate —dijo—. No estaré ausente mucho tiempo —aseguró,

con clara sonrisa. Katz sonrió también. En Margopalast reinaría muy pronto un ambiente distinto del que había existido hasta aquel momento.

A través de las ventanas entraban rayos de un sol radiante. El cielo se había quedado sin nubes.

El cabo Piver subió de pronto de la cripta, acompañado de dos de sus agentes y del prisionero.

—¿Quién ha dicho que la condesa había conseguido rejuvenecer? —exclamó, con su habitual tono de escepticismo.

Katz e Hilda cambiaron una mirada. De pronto, como obedeciendo a un mismo impulso, echaron a correr.

Llegaron junto al féretro. Se oyeron dos exclamaciones, al unísono.

Debajo de la tapa de cristal había una mujer viejísima, con el rostro lleno de arrugas y las manos sarmentosas. El pelo, escaso y malo, era completamente blanco.

Hubo un largo espacio de silencio. Luego, Katz agarró a la muchacha por el brazo y la empujó hacia la escalera.

Al salir de la cripta, apagó las luces.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.